

# LA DICHA DE SER RICO

POR X.

NOVELA CORTA



MURCIA 1894

---

TIP. DE LAS PROVINCIAS DE LEVANTE.



# LA DUCHA DE SER RICO

. POR X.

NOVELA CORTA



MURCIA 1894





# LA DICHA DE SER RICO

## I

—¡Ay! Querida Trinidad, ¡qué tiempo tan hermoso! ¡qué ambiente tan suave! ¡qué bella es la primavera!

—Es verdad, Anita; no se que tienen mis piés que no pueden estarse quietos, y bailarían sin poderse contener. Estos primeros rayos del sol me reaniman y penetran hasta la médula de mis huesos.

—Por eso ya que no podemos pasear salimos todas de nuestras casas para disfrutar de lo hermosura del tiempo. Desde hoy podremos todos los días sentarnos en la puerta, cantar y charlar unas con otras sin suspender por eso nuestro trabajo.

—Es una cosa cruel tener que vivir encerrada durante cuatro meses! ¿Verdad, Trinidad?

—Y no poder respirar el aire libre!



—Y desojarse en nuestros cuartos tan oscuros durante el invierno!

—Si casi llega una á olvidarse de que hay un sol y un cielo azul! Cómo se cuentan los días que faltan para la llegada de la primavera que devuelve á los pobres y á los ricos el bienestar y la alegría!

—Vaya, olvidemos el invierno; dejemos á ese viejo yerto en su tumba.

Zagalas, pastores, riamos, cantemos,  
ya la primavera llama á nuestro hogar...

Las jóvenes que así cantaban un himno á la vuelta de la primavera, estaban sentadas en una calle larga y estrecha de la ciudad de Amberes.

En ambos costados las casas eran bajas, de aspecto mezquino, y cada una tenía una puerta pequeña rematada en medio punto, y recibían todas una luz apagada por los verdosos vidrios de sus ventanas.

Una sola se distinguía por su altura mas elevada y por sus ventanas de forma mas moderna; era una tienda de comestibles, cuyos dueños á fuerza de economías habían reunido un capitalito módico, y aunque modesto, siempre pasaban por ricos entre sus humildes convecinos.

Casi en frente de esta tienda se veía una casa antigua, que también tenía dos pisos, pero cuyo aspecto era sombrío y abandonado. Sobre su estrecha puerta se veía una muestra



con estas dos iniciales, A. B., lo cual indicaba que aquella era vivienda de un deshollinador de chimeneas. Este vecino ocupaba la segunda gerarquía en la calle despues del tendero, porque la casa en que vivia era de su propiedad.

Le seguia á él un zapatero que no tenía casa propia, pero cuya laboriosidad le permitia vivir con alguna holgura. Delante de la puerta del zapatero era donde Trinidad trabajaba con sus amigas, y en las otras puertas se apercibian tambien grupos de muchachas ocupadas en su labor, sin dejar por eso de sostener un diálogo jovial.

Cada una tenia ante sí un bastidor en el cual estaba tendido un pedazo de tul ó encaje liso, que ellas con ayuda de varios hilos y agujas, cuajaban de hojas y de flores, dándole un incalculable valor. Trabajaban para ayudar al sosten de su casa y además para poder comprarse de vez en cuando un vestido, un pañuelo ó una cofia de las características en el pais.

Aunque aquellas jóvenes pertenecian á lo mas inferior de la clase obrera, sus vestidos revelaban no solo aseo, sino cierta compostura, lo cual es muy comun en todas las jóvenes obreras de Amberes que se distinguen de las de los demás paises, y especialmente las encajeras y bordadoras. Y bien pensado, ¿cómo no han de ser aseadas si sus manos se consagran á labores de una delicadeza y blancura infinitas? El menor descuido en ese punto perdería



su obra, y entonces adios trabajo y adios subsistencia.

No se crea, sin embargo, que solo la necesidad las obliga á ser aseadas; lo que al principio fué necesidad en efecto, ha llegado á ser una costumbre, y esta sencilla coquetería está ya en los hábitos de aquellas jóvenes, que aunque variaran de ocupacion conservarían su primitivo aseo. Contempladlas de pies á cabeza y no hallareis en sus humildes trages de percal ni una mancha, ni una arruga, ni una imperfeccion. Se diria que para aquellas obreras la semana tiene siete domingos.

¿Y son todas lindas? Unas sí, otras no, pero son todas jóvenes y basta; la mayor parte deberian ser lindas, á juzgar por la regularidad de sus facciones; pero sus mejillas suelen ser pálidas, su contestura endeble....! Pobres hijas del pueblo relegadas por los poderosos á las calles menos ventiladas por no poder pagar el alquiler de las casas construidas en mejores calles! ¡Flores sin lozania encerradas en sombrías cuevas, donde carecen del aire y del sol, y sin embargo, rien, cantan y prosiguen su incesante trabajo!

Sin embargo, delante de la puerta del zapatero, habia dos muchachas cuya robustez y buen color denotaban que no habian carecido como las otras del sol ni del alimento. Es que sus padres vivian con algun mas desahogo que los de sus compañeras, y sus antecesores no venian habitando de generacion en generacion



— 7 —

aquella calle lóbrega que iba robando la robustez de la familia.

Una de ellas llamábase Trinidad y era hija del mismo zapatero; la otra se llamaba Anita y vivía en la tienda de comestibles. En las mejillas de ambas brillaban las rosas de la juventud, y sus labios no habían perdido el matiz del coral. Trinidad tenía ojos azules y cabellos rubios; Anita parecía un tipo español á juzgar por su tez trigueña, sus ojos rasgados y sus cabellos negros como su pupila.

Después de trabajar todas en silencio largo rato, vieron avanzar por un extremo de la calle una mujer ya de alguna edad: contempláronla todas de reojo hasta verla desaparecer por la puerta de la casa del deshollinador, y entonces una de las jóvenes, dijo:

—La señora Smet no se priva de nada. Ved, hoy lleva otro vestido nuevo y una gorra con dos encajes...

—No seas murmuradora, mujer; ¿qué nos importa el lujo de los otros si tienen medios de costearle?

—Tienes razón, Trinidad; pero el lujo de la señora Smet es hijo del orgullo.

—Del orgullo? Si es una pobre mujer!

—Sí, sí; no parece sino que descende de algún rey moro según la altanería con que nos mira al pasar.

—Tú lo calificas eso de orgullo, Anita, y haces mal; es que cada uno tiene su carácter. No obstante, la madre Smet es de buena fami-



lia y tiene una tia en Holanda que es rica, muy rica... Ya ves que cuando se pertenece à una familia así, no se puede bromeaer con todo el mundo.

—¡Bah, su familia! Pues su marido bien bromea y rie como los otros. ¡Vergüenza me daría à mí tener tanto orgullo y ser la mujer de un deshollinador!

Esto desagradó ya à Trinidad en tanto grado, que no pudo menos de esclamar con tono incisivo:

—No se por qué te ocupas de nada de eso. Deshollinador ó no, habitan una casa propia y no deben nada à nadie. Por eso escita la envidia de los demás.

—¡Cómo no la habias tú de defender!—dijo riendo otra de las jóvenes. ¡Es la madre de Pablo!

—Vamos Trinita, vamos, no te enfades; esto es hablar por matar el tiempo, dijo Ana. Cada uno come su pan como le agrada comerlo, y si se quema los dedos suya es la culpa.

Despues de un breve silencio, otra de las jóvenes dijo en tono familiar:

—Pero dime, Trinidad, ayer he oido decir una cosa en la tienda que no me atrevo à creer. ¿Es cierto que te casas?

Trinidad se ruborizó y dijo balbuciente:

—¡Válgame Dios! En las vecindades de un grano levantan una montaña.

—¿Con que es cierto?



—No, no lo creais, es una broma que el padre Smet ha tenido con mi padre.

—En ese caso el negocio está ya á mitad del camino. Sea enhorabuena.

Otra se mordió los labios y dijo con desden:

—Vaya, vaya, hija, con un deshollinador un hombre mas negro que Lucifer durante la semana. Aunque me le engastaran en oro no le querría.

—Si te le dieran tal como está le tomarías.

—Pues yo tampoco le tomaba, aunque es el chico mas alegre del barrio, dijo otra. El domingo cuando está limpio, menos mal, pero durante la semana.... ¿Quién le dà la mano sin correr en seguida à lavarse? ¡Es cosa de huir de él! ¿Y cuando ríe y muestra los dientes blancos junto á su cara negra...?

—¡Qué mala lengua teneis! dijo otra. Pablo es guapo, jovial, canta, baila, alegra toda la calle. Quién no desecha el mal humor á su lado? Y ademas, miradle el domingo cuando se pone su chaqueta azul, su camisa limpia y su gorra de terciopelo, y vereis si Trinidad tiene razon en querer á Pablo, y sus padres en aprobarlo.

En este instante se oyeron unas voces cercanas que gritaban:

—¡Ador... ador!...

Eran las últimas sílabas de su oficio que pregonaban.

—Ya vienen Pablo y su padre, exclamaron todas las jóvenes sonriendo. *Juan sin penas y Pablo el alegre.*



En una de las estremidades de la calle apareció en efecto un hombre como de unos cincuenta años, pero que nadie los hubiera supuesto en él al ver su paso firme y su talle erguido. Como su oficio exigia, iba vestido de tela grosera y muy ceñida al cuerpo, y así ella como su cara y sus manos estaban negras como la pez.

Debía ser hombre de muy buen humor, porque apenas penetró en la calle sonreía á todos y tenia una palabra jovial para cada uno de sus vecinos.

A cinco ó seis pasos detrás de él caminaba su hijo Pablo, jóven esbelto y bien formado, que frisaba apenas en la edad del hombre y cuyo vestido, rostro y manos aparecian tan negros como los de su padre, destacando aun mas grotescos en la cara de éste lo rojo de sus lábios y la blancura de sus dientes y sus ojos. Llevaba á la espalda un saco lleno de hollin y en la mano un manojo de sarmientos, una escoba y una flor silvestre.

Al punto que entró en la calle entonando un aire popular, todas las muchachas comenzaron á reir.

—Bien hacen en llamarle Pablo el alegre.

—Siempre lo está.

—Yo creo que el padre y el hijo se reirán cuando vayan á morir.

—Eso debe depender del oficio. Todos los deshollinadores son alegres.



—Es verdad, todos son gentes de bien y de buen humor.

—Escuchad, va à cantar otra cancion.

En efecto, mientras las jóvenes sostenian este animado diálogo en honor suyo, Pablo se habia acercado mas al grupo que ya conocemos, y cantó con aire popular esta copla:

Deja la chimenea,  
déjala yá,  
que la noche su sombra  
tendiendo vá.

Deja el trabajo,  
deja el pesar,  
afuera el vaso,  
vuelve á cantar.

Y como al concluir hiciese ademan de acercarse á Trinidad, todas las muchachas dieron un grito, estendiendo sobre el bastidor, para protegerle, su delantal.

—Pablo, estaos quieto, no es acerqueis, exclamaron todas.

Pero la sonrisa que le habia dirigido Trinidad á la vista de la flor, pareció calmar la efervescencia del jóven. Trinidad sabia que aquél don de la primavera le estaba destinado y en sus bellos ojos azules se retrataba una mirada de gratitud.

Sin embargo, como Pablo no podia estar mucho tiempo formal, exclamó:

—Trinidad, vengo de dar un paseo por la campiña, ó por mejor decir, he corrido de aldea en aldea; he cantado como el ruiseñor al



aire libre... y he encontrado una señora tan bella, tan risueña, tan seductora para mí... Vamos, no tuerzas el gesto, Trinita. La señora me preguntó si yo amaba á alguna; y como no me atreví á mentir, me preguntó el nombre de la que yo amaba, y me dijo:—dadle estas flores de mi parte.

Las jóvenes escuchaban admiradas á Pablo. Él continuó:

—Y si os amais como hasta aquí, me dijo la dama, todos los años vendré á visitaros y os daré mas flores que podeis apetecer.

—¿Quién podrá ser esa dama? dijo una de las jóvenes.

—Todas la conocéis, dijo Pablo riendo.

—¿Quién es? ¿quién es?

—La Primavera.

—¡La Primavera!... vaya una gracia.

—Precisamente la conoceis todas y la amais, añadió Pablo risueño, ofreciendo las flores á la jóven; pero cuando aquella fué á tomarlas, sacudió con ellas su linda mano.

—¡Ah... engañoso! exclamó resentida la jóven.

—¡No hay rosas sin espinas! replicó el jóven.

—¡Cómo se entiende! replicó la jóven furiosa: ¿piensas, negro deshollinador, que he de sufrir que me maltrates? Vete, quitate de mi vista, vé á limpiarte el baño que te ennegrece, y despues toleraré tus bromas:

—¡Hola! ¿Montas en cólera por tan poco?



¿Eres irascible, pichona mia? Haces mal; esos arranques no sientan bien á una cara sin bigote.

A estas palabras volvió á insistir en acercarse á la jóven y tocar con la mano sucia su lindo rostro, accion que hizo retroceder á todas las jóvenes, que exclamaron en coro:

—Vete, sucio, negro; vete, vete!

Pablo quiso en vano dominar el alboroto y levantando los hombros como hombre que se dispone á tomar venganza de las injurias que le dirijen, exclamó:

—¿Qué es eso? ¿Quereis hacerme la guerra? Pues ahora lo vereis y en acabando con vosotras iré á lavarme. A la una, á las dos, á las tres!

Y dando una vuelta rápida giró en su mano el talego de hollin que despidió una nube de polvo negruzco.

Todas las jóvenes lanzaron un grito de terror y huyeron con sus bastidores para libertarlos: entretanto que ellas huían despavoridas el diabólico jóven se dirigia á su casa lanzando carcajadas y exclamando:

—Hasta la vista mis tortolitas. Voy á ponerme la cara de los dias de fiesta.

## II.

El crepúsculo de la tarde iba robando la luz de la estrecha calle.

La madre Smet, esposa del deshollinador, es-



taba junto á una mesa haciendo á la luz de un belon unas medias de lana para su hijo Pablo.

Estaba vestida no solo con limpieza sino con mas compostura de lo que parecia exigir su posicion, porque aunque ya no debia salir de casa llevaba una saya con terciopelos, pañuelo bordado y una cofia con encajes como ya habian dicho sus curiosas vecinitas.

Pensamientos tristes debian preocuparla, porque frecuentemente interrumpia su trabajo y una espresion desagradable contraria sus facciones.

— ¡Siempre se engaña á los herederos! murmuró por fin. Los escribanos entretienen años y años esos negocios, hasta que los que tienen que heredar se mueren dejando el capital entre sus manos. El albañil de la calle de las Tiendas, tambien tenia una herencia pingüe que disfrutar, pero ya se vé, le llevaron tanto de Herodes á Pilatos, que al fin murió en su boar-dilla: seis meses despues la herencia se repartía entre tres ó cuatro señorones, que de seguro dejarían la mitad en manos de sus abogados. Aunque tuviera que gastar mi último escudo averiguaré que se ha hecho de la fortuna de mi tia en Holanda.

En este instante su marido bajó la escalera que conducía al piso de arriba, apagó una lamparilla que tenía en la mano, y con aire risueño se puso á contemplar á su mujer.

El rostro de Juan estaba ya limpio y todo



su traje era como el de otro cualquiera de sus camaradas, que en la hora aquella se dirigían á la taberna á beber copas.

—He dado un chasco famoso á las ratas por allá arriba. ¿A que no adivinas lo que he hecho?

—Déjanos en paz, replicó su mujer con mal tono; hace diez años que andas detrás de las ratas y no cesan de pasearse por el granero. Deja si no en él algo que merezca la pena y verás si no lo encuentras roído mañana.

—¿Y qué mas puedo hacer? Quieres que las vaya cogiendo por una patita y echándolas á la calle. Acabo de ver correr una tan grande que con su rabo se podrian hacer muy bien un par de ligas. Pero, mujer, ¿por qué tienes siempre tan mala cara?

—Tengo la que me parece.

—Cierto, pero toda la tarde te veo preocupada... Vamos, ya caigo, será la eterna cuestion de la herencia de los abogados. ¡Castillo en el aire!

—Mejor. ¿Qué entiendes tú de esas cosas?

—Teresa, es preciso que te hable una vez de eso con formalidad.

—¡Será difícil! ¿Formalidad tú?

---Si, escúchame. Estamos casados hace veinticinco años, y durante ese tiempo no has cesado de correr de abogado en abogado, de reunir documentos, de hacer poderes, informaciones... Si lo que te han costado todos esos documentos lo hubieras reunido, al cabo de tantos



años tendrías ya un patrimonio. Hasta aquí te he dejado con tu manía, que ya nos va saliendo muy cara. Todo se ha subido y hoy un pedazo de pan cuesta un ojo de la cara, y ya ves tú, el pan....

—¡Que cuidados te tomas por el pan! Con tal que bajara el jamon....

—Pues que quieres, aunque ese estuviera muy caro yo no lloraria. ¡Pan y alegría son la comida mejor! Pero me separo del asunto principal: te iba á decir que estás siempre soñando con tías, tios y herencias que no vienen nunca. A este paso nos arruinaremos con esos sueños. y quien sabe si en lugar de darte, no te llevarán esos parientes imaginados á una casa de locos ó á un hospital.

—¿Es decir, dijo la mujer con despecho, que no crees que yo soy de buena familia? ¡Válgame Dios, que cosas tiene una que oir á su marido!

—No, mujer, no, no quiero decir eso, aunque á la verdad tu padre tenia tienda de trapo y hierro viejo; y aunque lo creian rico, era porque le veían avaro: bien sabes que cuando murió repentinamente, nada encontramos mas que esta casa en que vivia. En fin, basta; en cuanto á tu tia, compra tambien hierro y hueso, y tu primo es bombero... Gente muy honrada, eso sí, pero como nosotros, ni mas ni menos.

—¿Cómo se entiende? ¿Hablar de mi familia?



¡En Holanda existen una porcion de Van den Bergen!

—Si, pero al cabo de veinticinco años buscas inútilmente entre todos ellos tus parientes, y has gastado muchos florines en balde. Cada uno tiene su manía y no hay como formarse una ilusion para al cabo de algun tiempo de pensar en ella, tomarla como realidad. Eso te sucede á tí, Teresa mía.

La mujer, con espresion un tanto compungida, exclamó:

—Es muy extraño que te obstines en hablar asi hoy: has ido quizá en casa de nuestro abogado? El muy taimado despues de tenerme entretenida dos años y haberme sacado muy buenos florines por escribir no sé cuantos papелotes, me dice hoy que mí familia, aunque dilatada, no se compone mas que de gentes humildes, rogándome que no vuelva á molestarle con semejante asunto.

—Ese abogado es la suma honradez, porque aun podia sacarte muy buenos escudos, y por el contrario, te dá gratis un buen consejo. Pocos abogados harian lo mismo, y lo que es por mí yo te aseguro que todos se morirían de hambre.

Este diálogo pareció descargar el pecho de la madre Smet del peso que la oprimia y despues de una pausa exclamó con tono mas natural:

—Tú dirás lo que quieras, que con todo ello no me quitarás que sea rica antes de morirme.



Soy de buena familia, y tarde ó temprano heredaré. Esta noche he soñado que hallaba un tesoro á la puerta de casa...

—De veras? dijo su marido riendo; en ese caso no tienes ni que esperarle ni que agradecerle: si hubieras pensado encontrar telarañas puede ser.....

En este instante ambos esposos oyeron un pequeño rumor en lo alto de la escalera.

—Qué es eso? dijo Juan.

—Pues qué, no lo aciertas? exclamó su mujer en tono zumbon. Las ratas que se rien de ti y del chasco que las has creído dar.

—Es muy extraño, murmuró Juan: he tapado todos los agujeros del desvan con yeso y vidrio molido... pero en fin, voy á ver.

—Pero dime, Smet, si un dia llegamos á ser ricos que harás tú?

—Por amor de Dios, Teresa, déjame en paz y no me hables de riquezas ilusorias.

Nada nos falta, tenemos salud y el pan de cada dia...

—Si, es verdad; pero si llegaras á ser rico... El marido, despues de un instante de reflexion, dijo:

—¡Lo que yo haria! En primer lugar haria pintar una gran muestra, en la cual resaltarían las dos letras A. B. doradas; despues compraría cuatro jamones para dar comilonas en el invierno, y despues... ¿Despues qué? ¡Ah! Daria cuatro sacos de manzanas y dos espuertas de carbon á la pobre viuda que vive al lado



con sus hijitos, y despues compraria una casa para nuestro Pablo, y el dia de su boda con la Trinidad nos oirían en seis leguas á la redonda.

—¿Y todo eso vale la pena de ansiar una fortuna?

—Y qué sé yo qué mas; viviria lo mejor que pudiera y haria vivir á mis camaradas.

—¿Y continuarias en tu oficio?

—¿Cómo?

—¿Qué, no dejarias de mancharte de hollín?

—No, pero entonces limpiaria chimeneas por gusto, y no cobraria mi trabajo.

—Vamos, eres un simple esclamó sin poderse contener su mujer.

—Pues de otra manera, ¿en qué me había de ocupar? ¿Quieres que vaya á ocupar todo el dia la mesa de una taberna? ¿Y tú, qué harias con ese soñado tesoro?

—¡Oh! Yo le sabria emplear mejor, porque soy de buena familia y tengo los instintos de ella. Compraria una gran casa con jardin y cochera, tendria una carretela para el verano, y coche para invierno, y gastaria vestidos de seda y de terciopelo, manguito y boa...

—¿Qué es eso de boa?

—Una piel que se rodean al cuello las señoras.

—Eso largo que parece la cola de un animal?

—¡Sí, y que cuesta muy caro! Gastaria diamantes en el cuello, en las orejas y en las manos; mis vestidos tendrian cola como los de



las reinas que salen en el teatro, y por donde quiera que fuese llevaria un lacayo detrás... Por su puesto que vendria todos los dias á pasear esta calle, solo porque rabiase la tendera de enfrente.

—Vamos, calla, calla, ó me harás morir de risa. Vea Vd. Mad. Smet, la mujer de un deshollinador llevar lacayo y boa!..... si no estás loca, hazme encerrar á mí con los locos, porque de seguro uno de los dos tiene perdida la cabeza. ¿Pero oyes las ratas? Ahora se burlan de tí.

—Sube, hombre, y mas bien vuélvelas á abrir las salidas porque van á demoler la casa.

Juan se levantó, encendió de nuevo su lamparilla y tomó de un rincon un sable mohoso.

—Les voy á dar su merecido, dijo, y añadió: prepárame unos cuartos Teresa, que voy á beber una copa con los amigos.

Teresa quedó sola unos instantes, oyendo á su marido en el desvan que sacudia fuertemente el sable en sus paredes.

Todo rumor cesó en breve y Teresa cayó en su acostumbrada meditacion, que hacia cruzar por su mente ideas de trajes, lacayos y carretelas.

Permaneció un rato abismada en estos pensamientos gratos, y dulce sonrisa animó su rostro. El paso vacilante de su marido que bajaba las escaleras la sacó de su distraccion y no dejó de admirarse al no distinguir el reflejo de la luz que debia bajar.



—¿Se te ha apagado la luz? exclamó.

Juan se acercó á su mujer silencioso y trémulo: un sudor frio bañaba su frente y la angustia mas profunda se pintaba en todas sus facciones.

—¡Dios mio! ¿Que ha sucedido, exclamó aterrada su mujer, qué has encontrado? ¡Algun ladrón!

—Calla, calla, déjame que respire, murmuró él con voz entrecortada.

—¿Pero qué ha pasado? Sácame de esta inquietud.

—¡Silencio, por Dios! Teresa, ¡es preciso que nadie nos oiga!

Y acercándose con mucha precaucion á su mujer, murmuró á su oído:

—Tu sueño se ha realizado Teresa, ¡Un tesoro, un tesoro inmenso!...

—¡Ay mi pobre Juan! tu cabeza devaria.

—No, no hagas ruido, que nadie nos oiga, murmuró con acento suplicante.

—Pero por la Virgen, habla: ¿de qué se trata?

—De que acabo de hallar el tesoro que habias soñado.

—Un monton de oro!

—No, un ~~monton~~ monton no, sino un saco lleno de oro... Ven, sígueme, trae la luz...

Teresa palideció á su vez; pero una sonrisa de triunfo entreabrió sus labios.

Y siguiendo á su marido murmuraba:



—No me engañes; si esto se desvaneciese moriría de dolor.

—Calla te digo: nos vas á comprometer.

—Pero cómo? Dónde le has hallado?

Juan se paró como si quisiera satisfacer la curiosidad de su mujer antes de mostrarle el tesoro.

—Has oído que golpeaba con mi viejo sable las paredes? Pues bien, no veía á ninguna rata; pero á fuerza de asustarles ví salir dos de un rincón: cruzaron por entre mis piernas y desaparecieron por detrás del poste del centro que sostiene el techo: fuí á examinar el sitio y ni hallé agujero ni rendija por donde pudieran huir. Principié á golpear el poste que dió un sonido hueco y singular, convenciéndome de que en su centro tenían su habitación las ratas; pego mas fuerte, y entonces cae á mis piés una plancha cuadrada y detrás una cosa tan dura que lastimó mis piés.

—Un saco de oro!

—Justo: al caer, con el peso se desgarró y numerosas monedas de oro y de plata cubrieron mis piés. Quedé aterrado, la lamparilla se escapó de mis dedos, y vacilante, apoyándome en la pared, he podido llegar hasta aquí. Ahora, ven, sígueme de puntillas; y por Dios no hables, no hagas el menor ruido!

Cuando llegaron al desván condujo á su mujer al sitio indicado, mostrándole en efecto caído en tierra un saco, del cual se escapaban en gran cantidad monedas de oro y de plata.



Teresa comprimó un grito de alegría, cayó de rodillas, rasgó aun mas el saco, permaneció largo rato abismada en profunda contemplación, y despues se levantó y comenzó á dar saltos y palmadas de alegría, hasta que exclamó:

—Oh! no puedo mas, yo me ahogo! Déjame hablar un poco. Bondad del cielo! Ya somos ricos, poderosos!

Al oir estas frases, Juan, fuera de sí, desparovido, se lanzó sobre su mujer sujetándola por un brazo, y poniéndole la otra mano en la boca, exclamó:

—Calla, ó te ahogo! ¿Quieres que los vecinos se enteren?

—Dios mio, que cara! Cualquiera diría que me vas á matar! Válgame Dios, bien dicen, que el dinero cambia á las personas. En veinticinco años que llevamos de matrimonio, nunca te he visto así.

A esta observacion Juan se calmó súbitamente.

—No, mujer, no, he dicho eso sin saber lo que me decia... pero por Dios, habla bajo, te lo ruego. Dime, qué haremos de este dinero?

—Lo primero guardarle en el cofre.

—Y si entran ladrones?

—Hoy precisamente han de venir? Hace cien años que el cofre está en ese mismo sitio, y á nadie le ha dado idea de abrirle.

—Bueno, pero por si acaso...

—Pues ello es fuerza ponerle en alguna parte.



—Escondámosle entre el jergon.

—Valgame Dios! Bien se vé que no estás acostumbrado á tener dinero. Crees tú que los ricos guardan el dinero con tanta precaucion? Ponle en el cofre y si encuentras otro sitio mejor mañana, le cambiarás.

Juan tomó entonces la luz y dijo:

—Teresa, toma el dinero en tu delantal que yo voy á echar el cerrojo, no entre alguien y nos sorprenda. Ten cuidado de que no suene!

Mientras su mujer bajaba con lentitud por lo pesado de su carga, Smet corrió el cerrojo, torció la llave y recorrió todas las ventanas que estaban herméticamente cerradas.

En este tiempo su mujer habia guardado el tesoro en el cofre, y estaba sentada delante de la mesa con el seno palpitante y la vista perdida en el espacio como en dulce contemplacion de su riqueza, cuando su marido se acercó y con tono breve dijo:

—Dame la llave!

—La llave! exclamó Teresa con sorpresa y altivez. Tendria gracia entregarte la llave al cabo de los años que hace que yo la conservo; veinticinco años que no se separa de mí, y no se separará! Pretendes acaso disipar el tesoro con tus camaradas?

—No, contestó Juan impaciente; lo que quiero es evitar que lo gastes tú en diges y moños. Cuando teniamos poco no me ocupaba de guardarlo; pero ahora, ¿no seria un crimen



gastar esas riquezas que Dios nos envia para solazar nuestra vejez?

—Bah, bah, dijo su mujer en tono colérico y burlon á la vez; hablas como un avaro y pones una cara de difunto...

—Vamos, Teresa, ¡dame esa llave!

—¿La llave?... Antes te daré hasta el último cabello.

—No tomarás nada del cofre sin decírmelo.

—No; es decir, no haré gastos escesivos; pero no me quitarás que cambie estos pendientes por otros mas de moda, ni que me compre un vestido mas nuevo... En fin, lo que has permitido siempre en nuestra pobreza; porque si me dejo guiar por tí vamos á ser mas pobres que antes, teniendo una fortuna en el baul. Si estos gastos te incomodan, manda poner la muestra con letras de oro y gastarás en una cosa de mas apariencia y menos provecho.

—No me comprendes, mujer. Por el contrario, yo quiero evitar que tú con tus gastos des á entender á las gentes que tenemos mucho dinero.

—Y, ¿qué importa? ¿no es nuestro? ¿No fué esta casa de mi padre, que dejaría ese dinero escondido, y nada nos pudo decir por su muerte repentina? ¿Qué inconveniente hay en que todo el mundo sepa que hemos hallado una herencia?

—¡Imprudente! ¿Y si los ladrones descubren que tenemos tanto dinero, crees que no penetrarán á robarnos y nos asesinarán quizá?



— ¡Qué miedoso te has vuelto en un momento! No comprendes.....

— Además, reflexiona que las gentes creerán ó no que hemos encontrado ese dinero en el desvan. ¿Quién sabe si no tomará parte la policía, creyendo el dinero de otra procedencia? Por de pronto llevarían nuestro tesoro al tribunal hasta aclarar el hecho... y créeme, cuando la justicia coge un tesoro entre las uñas...

— Es verdad, voy creyendo que tienes razon, replicó Teresa pensativa.

— Sí, Teresa mía, sé prudente, sé reservada, y á nadie digas que ya no somos pobres.

— ¡Con tal que pueda callarme! murmuró la mujer encogiéndose de hombros. Mi madre me acostumbró á ser habladora, porque ella no se dejaba tampoco la lengua en casa.

— Qué desdicha!

— Sabes, por otra parte, que sí todos los ricos tienen la aprension que nosotros son casi desgraciados. ¿Escucha, no podriamos decir á las gentes que hemos heredado? Hartas veces me han oido hablar de la herencia.

Una sonrisa entreabrió los labios de Juan y un destello de alegria iluminó sus ojos.

— Que hemos heredado? Pero entonces sabrian que tenemos mucho dinero.

— Y que importa?

— Y los ladrones?

— Estás loco?

— No, no; sabes lo que diremos? que vamos á heredar, que hemos recibido noticias de tu tia...



—Eso es, y así aunque yo haga algunos gastos creerán que es á cuenta del dinero que tenemos que recibir.

—Justo, y de esa manera nadie sabrá que hay tanto dinero en casa. Pero, Teresa, serás económica? No malgastarás nuestro dinero?

—Mi dinero quieres decir? Gastaré solo aquello que exija nuestra posicion.

—Y á Pablo le haremos creer lo mismo que á los otros, porque es un muchacho y podría empezar á gastar sin juicio.

—Le oigo llegar! Vé á quitar el cerrojo y deja como siempre la puerta entornada para que nada estrañe.

Juan corrió á la puerta, la dejó entornada y volvió á sentarse junto á su mujer, con ademan tranquilo.

Entretanto Pablo se acercaba, entonando su cancion:

Deja la chimenea  
déjala ya..... etc.

Y en breve estuvo en presencia de sus padres, á los que dijo con jovialidad:

—¡Cuánto nos hemos divertido! Todo han sido alegrías, porque ¿no sabeis? ¡me han nombrado presidente de nuestra sociedad de cazadores! (1).

---

(1) Existen en Amberes entre la clase humilde, sociedades que van durante el año reuniendo fondos que en el otoño emplean en una cacería.



—Bien, bien, pero no hagas tanto ruido para eso.

—¡No, si no es por eso! Ya sabeis, padre, que tenemos reunido el importe de un nuevo banderín para nuestra sociedad. El pintor de la calle de las Tiendas, aquel á quien llamamos Rubens por su sombrero chambergo y sus grandes bigotazos, era el encargado de pintar el lienzo que debia representar un mochuelo: pues bien, esta noche cuando estabamos reunidos, traen el nuevo estandarte... Nos levantamos todos con curiosidad... Pedro Kruls empieza á desarrollarle... ¿Y qué direis que habia? ¡Era cosa de morirse de risa!

—¿Qué habia de haber? El mochuelo sin duda.

—Sí, en efecto, un mochuelo, pero con la cabeza tan grande como la de un chiquillo; y lo peor de todo es que el mochuelo y el hijo del herrero se parecen como dos gotas de agua. Esto ha producido risas y desazones, porque el herrero queria arrancar los cabellos al pintor... Por fin los hemos reconciliado; Rubens ha prometido variar al mochuelo la cabeza, y todo ha concluido con un trago. ¿Pero qué tenéis? ¿Estais malos?

—Pablo, hijo mio, exclamó la señora Teresa con tono grave; no es momento para bromas. Debo decirte una cosa: ¡vamos á heredar!

—¿Todavía, madre? exclamó el jóven con tono incrédulo.



—Esta vez no me equivoco.

—Si, ya conozco el cuento, madre. Figura en él una tia que vive en Holanda.

—Cierto.

—¿Pero, madre, por Dios, cuándo desechareis esas ilusiones? ¿Verdad que lo son, padre?

—Parece, por el contrario, que esta vez tienen mas fundamento, dijo Juan con gravedad.

—En ese caso, acoto un pantalon nuevo y una docena de camisas para cuando la herencia venga, añadió Pablo riendo.

Sus padres callaron, y el jóven despues de contemplarlos con asombro un momento, exclamó:

—Pero estais los dos como si os hubieran dado una paliza. Decidme qué nuevas habeis adquirido para que así...

—Hoy me duele la cabeza, y me hace daño hablar; mañana te diré lo que esperamos.

—Ya estoy, la herencia que se espera desde antes que yo viniera al mundo.

—La misma: mañana hablaremos de eso.

Pablo se encogió de hombros, y dijo para sí:

—Hay algo mas que no quieren decirme. ¡Cuando se hereda no se pone tan mala cara!

Y encendiendo una luz, exclamó:

—Hasta mañana. Tengo que levantarme á las cuatro para ir á limpiar tres chimeneas al castillo de Raust, que está á dos leguas de aquí.

—¡Pablo, Pablo, dijo vivamente su madre con cierta altivez; ya no eres deshollinador!



Por el contrario, mañana cuando te levantes ponte el traje de los domingos.

—Madre, no os enfadeis, dijo el muchacho lanzando una carcajada, pero debo deciros que llevais las cosas demasiado lejos.

—Es que ha venido un criado del castillo á decir que no fueras, dijo conteniéndose su madre.

—¡Ah! ese es otro asunto. Lo siento, era obra de utilidad, no como la herencia, que desaparecerá como tantas veces. Ea, hasta mañana: dormid bien.

Y empezó á subir la escalera tarareando su canción.

Los dos esposos tardaron en acostarse mas de dos horas, y si al fin lo hicieron, fué cediendo Juan á los ruegos de su mujer, que no sabia apartarse del lugar del tesoro, y no sin recorrer antes las ventanas y la puerta y convenirse de su solidez.

Despues de hacer este eserupuloso registro siguió á su mujer lentamente, no sin dirigir miradas inquietas al sitio en que dejaba el baul.

### III.

El sistema nervioso de Juan se había escitado en demasía con el descubrimiento del tesoro para que pudiese conciliar el sueño. Revolviase, pues, en su lecho y exhalaba profundos suspiros, sin que por ello se desahogase su oprimido corazón.



Le sucedia empezar á dormitar, pero el instante de pasar del dormitar al dormir es cuando los nervios se interesan mas, y el pobre des-hollinador no acertaba á salvar este instante: en él se estrellaba siempre y abria los ojos sobresaltados, prestando oido al menor rumor que producian las ratas corriendo por el des-van, como si todavía se encontraran en la casa de un pobre, cuyo sueño ningun ruido es capaz de alterar.

Por fin Juan, despues de un largo insomnio, debió dormirse, porque su respiracion fué, aunque muy alta, igual. Poco á poco, sin embargo, se fué tornando fatigosa, y una espresion de angustia contrajo su rostro, como si le atormentaran espíritus invisibles; en breve el sudor bañó su frente, sus manos crispadas estrujaron las ropas del lecho.

De repente palabras entrecortadas se escaparon de su pecho oprimido, y murmuró con voz ahogada:

—¡No, eso no es cierto; yo no soy rico; dejadme, dejadme!

Su mujer, arrancada violentamente á su sueño por estas frases, le movió fuertemente exclamando:

—¿Qué tienes, hombre? ¿Estás soñando, ó has perdido la cabeza?

Juan abrió los ojos, los dirigió con temor á todos lados y dijo con voz trémula:

—¿Dónde estoy? ¡Creí que me mataban! ¿Eres tú, Teresa mia?



—¿Quién ha de ser? Yo, que no puedo dormir por tu sueño intranquilo. Bien se ve que no estás acostumbrado á tener dinero; sino dormirías como yo duermo, yo que soy de buena familia...

—¡Ay! Teresa, Teresa mia, seria imposible describirte lo que acabo de soñar. Escucha: estaba yo apenas dormido y siento una carga pesada que cae sobre mi pecho como si unas rodillas se apoyasen sobre mi corazon, mientras unas uñas se clavaban en mi cuello. Al pronto no pude comprender lo que era, pero despues distinguí un mónstruo informe cubierto de piel y que con un cuchillo en la mano queria que le mostrase el sitio en que está el dinero, y porque me resistí iba á matarme... Entonces, lancé un gemido, abrí los ojos... ¡Ay! ¡Teresa, aun tiemblo al recordarlo!

—Vamos, vamos, esas son niñerías; pesadillas, porque te empeñas en dormir con la mano sobre el corazon. Vaya, es tarde, descansa un poco, duérmete y por Dios no me despiertes de nuevo!

Pocos instantes despues Teresa dormia otra vez profundamente.

El pobre Juan hacia esfuerzos inauditos para volver á dormirse, pero inutilmente: el miedo le robaba por completo la tranquilidad y el reposo. Por largo rato permaneció con los ojos abiertos, fijos no obstante en la oscuridad y soñó aun despierto con lo policía, con los ladrones, hasta que por último saltó del lecho y



sin hacer el menor ruido se dirigió hacia el sitio donde su mujer había dejado los vestidos: grande fué su alegría al tropezar con el bolsillo del cual silenciosamente sacó la llave.

Bajó poquito á poco la escalera, y cuando se encontró abajo encendió luz, se dirigió al baul, le abrió, contempló el tesoro con espresion dichosa y murmuró con aire melancólico.

—¡Ser rico! ¡tener dinero! ¡Qué dicha! Y sin embargo, esto proporciona inquietud, zozobra; jamás he perdido mi sueño como esta noche! ya se vé, tambien consiste en que mi mujer es vanidosa: quisiera vivir en otra casa, gastar trajes, alhajas; Pablo tambien es jóven; querrá echarla de caballero, y me arruinarán; entre los dos gastarán mi dinero, y en mis últimos dias me veré al fin tendido sobre un gergon de paja!

A este pensamiento su corazon se oprimió con angustia, dejó caer la cabeza entre sus manos y despues de un instante en que permaneció con la vista perdida en el espacio, exclamó victima de la mayor inquietud:

—¡Oh! qué desgracia es tener una mujer habladora! Mañana en cuanto sea de dia, le faltará tiempo para decir á todo el mundo que va á heredar; hablará de los millones que va á recibir; y por todo el barrio, no se hablará mas que del Sr. Juan el deshollinador, que ayer era pobre y hoy es poderoso: los ladrones espiarán, nuestra casa, y al fin un dia se llevarán nuestro



tesoro. ¡Dios mio, Dios mio! ¡qué de inquietudes tienen los ricos.

Despues de una pausa prosiguió de esta manera el curso de sus reflexiones:

—Es singular; yo era dichoso como el pez en el agua; me llamaban *Juan sin penas*, à causa de mi alegría, y cantaba, reía... no había rey mas dichoso que yo! Y ahora el menor ruido me estremece; mi propia respiracion me alarma... En fin, esto pasará; me acostumbraré à la riqueza, y si no bromeo, porque un hombre rico debe ser formal, tendré otras felicidades... la de ser rico vale mas que todas!

Este último pensamiento pareció consolarle porque se frotó las manos con alegría, y despues de un momento de reflexion, añadió:

—Cuando yo era un pobre hombre, un jornalero, hacia limosnas, y mas de cuatro veces anhelé ser rico para amparar à los hijos de la viuda. Su marido era mi mejor amigo, y hoy à Dios gracias cumpliré mi promesa. Veamos qué le daré: cincuenta florines... nó, es demasiado. Gastarian ese dinero en cosas superfluas: basta por ahora con diez; ellos no habrán visto nunca tanto dinero junto...

Permaneció un momento sumido en profundas reflexiones, y añadió:

—Juan, hijo mio; cuando eras pobre, les das mucho mas que eso; economizabas tus necesidades para socorrerlos. ¿Irá unida à la riqueza la avaricia? ¡Oh!... no, basta de egoismo;



les daré sus cincuenta florines, y acaso esta accion me devuelva la tranquilidad que he perdido.

Se levantó lentamente; tendió en torno suyo una mirada recelosa, contempló en silencio las monedas escondidas en el fondo del baul, y tomando siete piezas de diez florines, murmuró:

—Le llevo aun dos mas. ¡Este pensamiento me hace mucho bien!

Y contemplando siempre el tesoro, como si quisiera calcular á lo que ascendia, permaneció largo rato. Por fin, como adoptando una resolucion, tomó gran parte de aquellas monedas, y cerró precipitadamente él baul, esclamando con zozobra:

—Cincuenta monedas hacen quinientos florines. Ocultaré esta suma, donde ni mi mujer, ni mi hijo, ni nadie puedan hallarla. Si sucede una desgracia, si la justicia se apodera del tesoro, ó mi mujer y mi hijo le gastan en cosas inútiles, siempre me quedará esta suma para nuestro Pablo; para casarlo y establecerlo.

Y atando la suma consabida en su pañuelo, y colocando una silla debajo de la chimenea, colocó en el cañón de ella el pañuelo á la mayor elevacion que pudo.

Despues, como respirando con mas facilidad, murmuró:

—Ahora me siento mas tranquilo; ahora podré dormir.

Iba apagar la lamparilla y volver á subir la



escalera cuando de repente se detuvo helado de terror.

Le pareció que trataban de forzar una de las ventanas, y en efecto, se oía un rumor semejante al que producen las manos de un hombre que intentase forzar unas vidrieras. Al mismo tiempo una canción báquica se oyó en la calle.

—¡Oh, borracho! murmuró Juan; no comprende que viene á sembrar la alarma en una casa honrada. Bien dicen que no hay policia. ¿De qué sirve que los ricos la paguen si no les sirve para dormir?

Despues apagó la luz, subió poco á poco la escalera, colocó la llave en el bolsillo de donde la habia sacado y se tendió en su lecho vestido tal y como estaba.

Durmióse al fin, y permaneció una media hora sin dar mas señales de agitacion que algunos estremecimientos convulsivos. De repente se oyó en el desvan un ruido semejante al de un cuerpo que cae sobre el pavimento; Juan despertó asustado; saltó medio dormido del lecho; derribó al correr una silla, lo que hizo que su mujer despertase sobresaltada exclamando:

—¿Pero, Juan, tienes esta noche el diablo en el cuerpo?

—¡Teresa, hay ladrones, ladrones!

—Vamos, no sueñes; ¿crees que los ladrones han podido olfatear ya tu dinero?

—Están en el desvan; escucha, escucha; re-



plicó Juan, que tenía el cabello erizado y un sudor frío bañaba su frente.

En efecto, los pasos de un hombre se marcaban distintamente encima de la habitación; entonces Juan corrió á la ventana y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Socorro!... ¡ladrones!... ¡asesinos!...

Y para estar mas seguro de un pronto socorro, añadió:

—¡Fuego!; fuego!

Apenas se fijó en dos personas que al escuchar sus gritos huyeron de la calle; porque al mismo tiempo llamaban su atención los golpes que daban á la puerta misma del cuarto, mientras una voz muy conocida, murmuraba con angustia:

—Abrid, padre, abrid, ¿es en casa el fuego?

—¡Qué loco eres! Si es Pablo, exclamó Teresa. Abrele, que va á coger una pulmonía el pobre chico.

—¿Dónde está el fuego? ¿dónde?, exclamó Pablo cuando le abrieron la puerta.

—Nada, no es nada; ha sido un sueño, balbuceó su padre.

—¿Qué es esto? exclamó el jóven sin poder dominar su sorpresa. Se diría que andan duendes por la casa: apenas he podido dormir en toda la noche: gritos, voces, sillas que se caen, y cuando llego alarmado á ver lo que hay, me decis con esa flemma que estais soñando?

Hubo un instante de silencio, durante el



cual Juan respiraba apenas y su hijo aguardaba en vano una repuesta categórica.

—Si nada me habeis de decir, murmuró al cabo, no insistiré; pero, ¿qué dirán los vecinos? Quizá á esta hora, mas de cincuenta se han alarmado á la voz de fuego.

—Tu padre sueña, la herencia le ha trastornado el juicio: vete á acostar, hijo, vete á acostar.

—¿Qué oigo?, exclamó Juan de nuevo alarmado.

En efecto, la calle retumbaba bajo las ruedas de los carros dispuestos contra incendios. Todos se pararon á la puerta de Juan.

—¿No os lo decia?, exclamó Pablo. Ahí tenemos á los bomberos.

Llamaron violentamente á la puerta de la calle, y cada golpe estremecía el corazon del pobre Juan, medio muerto de miedo y de vergüenza.

Pablo, reponiéndose lo mejor que pudo, se asomó á la ventana y dijo:

—¿Qué haceis ahí?, seguid vuestro camino y dejad dormir á las gentes.

—¿No hay aquí fuego?

—No, en la tahona de la vuelta, en el horno.

—¡Vive Dios que si subo, yo os haré burlaros en mis barbas!

—No le hagais caso; es Pablillo y sabido es que no habla nunca con formalidad. Yo le preguntaré: decid Pablo, ¿hay fuego en vuestra casa?



—Si, señor, todos los dias antes de comer.

—Basta de burlas: hace un instante estaba yo en esta calle con un camarada y he visto á vuestro padre que gritaba á la ventana: ¡fuego! ¡fuego!

Era que soñaba en alta voz.

—¿Como es eso, bergante? exclamó el jefe de los bomberos. A ver, id en casa del comisario: yo os enseñaré á burlaros de la policia.

A la palabra comisario, Juan ya no supo lo que le pasaba, y murmuró con acento suplicante:

—No, por Dios, no le llameis; yo os abriré.

Y seguido de su hijo, dirigióse á la puerta, exclamando:

—¿Qué vá á ser de nosotros? Toda esa gente dentro de casa!

—Pero, padre, los bomberos no nos comerán.

—¡Ah! si tú supieras, si tú supieras; murmuró Juan, dejándose caer en una silla mientras su hijo abria la puerta de la calle.

Cinco ó seis hombres entraron y el jefe de ellos exclamó al encararse con Pablo.

—¡Ola! eres tú el que te burlabas desde arriba? ahora lo veremos.

Pablo dió un salto atrás y exclamó:

--Teneos, soy un hombre libre y puedo hablar como me parezca.

Entonces para no perder mas tiempo en palabras inútiles, el jefe se volvió á Juan, y exclamó:



—¿Dónde ha sido el fuego?

—Señor, ha sido una equivocacion: no ha habido fuego aquí.

—¡Ola! ¿lo ocultais para libraros de la multa?

—No, en verdad; yo os aseguro...

—¿Por qué entonces gritásteis á la ventana?

—Qué quereis, hay sueños tan singulares...

—Levantaos: enseñadnos la casa.

—Ay, señor, me es imposible; dijo Juan sin poderse sostener. Pablo, acompaña á estos señores.

El jefe hizo seña al muchacho de que los guiase, y se alejó con él, no sin decir al atribulado Juan:

—No os separeis de este baul. No parece sino que temeis que os robemos vuestro dinero.

Un estremecimiento agitó todos los nervios de Juan, y el sudor cubrió su frente.

—Ya pagareis vuestra burla: solo por ella os echarán la multa.

—Bien, bien, balbuceó Juan; pero despachad, despachad por Dios.

Entre tanto, Teresa se habia vestido y bajaba con el rostro placentero y dispuesta á charlar cuanto le permitieran.

—Señor sargento, exclamó: ha sido una cosa incomprensible, pero no lo tomeis á mal, ha sido sin intencion; habeis de saber, ante todo,



que en breve tenemos que recibir una gran herencia.....

Juan tendió las manos hacia su mujer, como suplicándola que callase; pero fué inútil, y aquella continuó:

—Si, señor, debemos heredar no sé cuántos miles de florines, y esta noticia ha trastornado el juicio á mi marido. Ha soñado que habia fuego, que habia ladrones..... Pero, como veis, por fortuna, nada ha ocurrido. Bebed un trago á nuestra salud; no dudeis de que quedamos altamente reconocidos á vuestros servicios.

Y al pronunciar estas palabras colocó un napoleon en las manos de uno de los bomberos.

En el mismo instante Pablo volvía con los otros, que aseguraron que no habia habido fuego, y despues de recomendar á Juan que no volviese á soñar en alta voz, todos abandonaron la casa.

Teresa se apresuró á cerrar la puerta con doble llave, mientras Juan levantaba los ojos al cielo murmurando: ¡Dios mio, si los pobres supieran lo triste que es el ser rico, no anhelarian llegar á serlo!

Teresa le cogió por un brazo, y llevándole hácia la escalera, exclamó con tono jovial:

—Debería enfadarme, pero tengo lástima de tus chochees. Vuélvete á la cama, y si te ocurre soñar, hazlo siquiera á media voz.

Juan, sin decir mas palabra, subió la escalera apoyado en su mujer, porque él se encon-



traba estenuado con las angustias sufridas aquella noche.

IV.

Al día siguiente de los sucesos que acabamos de referir, la madre Smet se levantó muy temprano para ir á la tienda de enfrente, mas que á comprar á decir que debía en breve heredar una gran fortuna de una tia que tenia en Holanda. Y como la vecina de enfrente se burlase con incredulidad de la herencia tantas veces esperada, Teresa, para probar la verdad de su aserto, sacó del bolsillo un puñado de monedas de oro que dejó estáticas á todas las comadres del barrio allí reunidas.

Una media hora despues no había un alma en toda la calle que no supiera que Juan el deshollinador habia heredado trescientos mil florines. Y cada uno fué adicionando á su gusto la herencia hasta hacerla subir á veinte barcos fletados, una porcion de casas y muchas áreas de tierra.

Entre tanto Teresa recorria los mejores almacenes de la ciudad, y se hacia tomar medida por las modistas de mas fama.

En el instante en que reanudamos nuestro relato, Teresa estaba de vuelta en su casa hacia un cuarto de hora y contemplaba al espejo el brillo que despedian unos magníficos pendientes de oro pasados en sus orejas.



En este momento Pablo bajó por la escalera y replicó contestando á su madre:

--Padre no está malo; fatigado no mas de la mala noche; pero en breve bajará tambien.

—Ven acá, mirame bien, Pablito, ¿que te parecen estos pendientes?

El jóven contempló á su madre, pero la impresion que en él produjo la alhaja, no debió ser muy favorable porque se apresuró á añadir:

—No están mal; pero esos pendientes al lado de vuestra gorra de percal hacen el efecto de estar perdidos.

—Aguarda un poco, que todo se andará. De aquí á unos dias tu madre no tendrá nada que envidiar á las señoras de alto copete. Llevará sombrero con plumas, abrigo de terciopelo y vestido de seda arrastrando tal como conviene á una persona de buena familia como yo.

—Si no hay otro remedio, dijo Pablo suspirando, gastadlo enhorabuena. Pero por Dios, mudaos á otra casa, porque ver á una señora como vos junto á unos deshollinadores parece mal.

—Qué quieres? tu padre no quiere mudarse todavia. Tiene sus razones para ello; pero deja que llegue la herencia y para entonces tengo ya vista una casa con jardin y cochera.

—Sabeis, madre, replicó Pablo tristemente, que creo que nos hemos vuelto locos los tres? En cuanto á la herencia, si yo tuviera diez



florines en mi bolsillo, no los cambiaría por esos millones que vos esperais.

—Con que no? Pues mira solamente una muestra, incrédulo Tomás.

Y Pablo retrocedió estupefacto á la vista del puñado de oro que su madre le presentó.

—Vamos, qué dices? ¿has visto junto tanto dinero en tu vida? ¿se trata aun de sueños como dice tu padre?

El jóven guardaba silencio contemplando atónito el dinero.

—Te has quedado mudo? dijo su madre con tono burlon.

—Sí, murmuró Pablo aturdido, parece que me han dado un martillazo en la cabeza.

—Y este oro no es nada en comparacion del que hemos de recibir.

—Pero en efecto, madre mia, ¿somos ricos?

—Poderosos.

—¡Ay qué alegría! exclamó Pablo saltando de gozo. Qué vida nos vamos á dar! qué contenta se pondrá Trinidad cuando la sepa!

Y se puso á cantar su perpétua cancion.

Deja la chimenea, etc.

Pero su madre tapó precipitadamente su boca, exclamando:

—Pablo, Pablo, esa cancion es indigna de tí: es fuerza que tengas ya mas compostura, mas distincion.



—Teneis razon, madre mia, cantaré otra cosa.

—De ningun modo: no debes ni cantar ni bailar; un hombre rico debe ser juicioso.

Esta advertencia pareció asombrar á Pablo.

—¡Calla! exclamó; ¿que no podré nunca estar alegre?

—Si, podrás, pero cuando estés solo: no delante de gente, y cuando quieras vaciar un par de botellas cuida tambien de que nadie lo observe: eso hacen las gentes ricas.

—¡Cuando esté solo! creeis madre mia que yo pueda cantar y beber estando solo? á fé mia cuando no estoy entre las muchachas ó entre mis amigos, no me da gana ni de cantar ni de beber mas que agua clara.

—Mal hecho; ya te acostumbrarás, y lo primero que debes corregir es tu manera de andar por la calle, y tu carácter bromista con todo el mundo.

—¡Calla! tampoco podré gastar una broma?

—No en medio de la calle: en ella debes estar siempre con la cabeza erguida, el rostro serio y la mirada fija.

—Eso es, como si estuviera incomodado.

—No precisamente eso, pero no olvides que no hay nada mas ordinario que estar alegre.

—Pues sabeis madre, que no vale la pena de ser rico, si con toda la riqueza no puede uno divertirse?

—Teresa que se habia sentado junto á la



mesa, llamó á su hijo como si fuese á decirle una cosa muy grave.

—Pablo, sientate, voy á hablarte de un asunto muy serio; creo que tienes suficiente razón para comprenderme.

—Ya lo creo; no hay una muchacha que diga que yo no soy listo.

—No, no vengas con bromas y escúchame con atención. Cada oveja con su pareja, dice el refrán: ¿que te parecería á ti, si el hijo de un barón se uniese á la hija de un traperero?

—Me parecería muy extraño.

—Me alegro oírte hablar así; pues bien, ahora que nosotros somos ricos, no puedes casarte con una muchacha que nada tiene.

El jóven, aterrado con aquellas palabras de su madre, exclamó con ansiedad:

—Madre ¿á donde vais á parar?

—Ya conoces, Pablo, que Trinidad, la hija del zapatero, es una muchacha honrada; soy la primera en reconocerle, y si hubieramos seguisiendo pobres, te hubieras casado con ella antes de fin de año; pero ahora no comprendes que toda la ciudad se burlaría de nosotros?

—Y porque se burlaría? exclamó Pablo con el corazón oprimido. Yo quiero mejor ser desollinador con ella que baron con otra. No me toqueis ese punto, madre, porque me hallareis mas duro que una roca.

La fisonomía de Teresa tomó una expresión astuta, y continuó con dulzura:

—Vamos, no te incomodes; no te parece que



Leocadia, la hija del comerciante de la esquina, que es muy linda, tiene los ojos negros como el azabache, un tallo esbelto como una palma y está siempre tan bien vestidita como una peina? y despues ¡que modales! Ya se ve, como en su casa hay mucho dinero. Pues he ahí si hubieras puesto tus ojos en ella.

—Valgame, Dios, Leocadia ¿esa chica flaca y descolorida que parece una muerta con todas sus cintas y bucles? No la querria aunque fuese la hija de un rey. Además que es muy coqueta; todo el barrio murmura de ella, y eso no, madre, cuando me case quiero estar seguro de que mi muger es solo mi mujer.

—Cómo se entiende, mala lengua, te atreves hasta á la reputacion de las gentes?

—Yo no ataco á nadie, madre, repito solo lo que oigo decir.

—Enhrabuena, concedo que no te guste Leocadia, pero no por eso te casarás con Trinidad.

—¿No? pues entonces no quiero ser rico.

—Esperarás á que ocupemos la posicion que nos corresponde, y entonces no faltará una señorita...

—Una señorita? ¡Ay, madre, si yo no sabré ni que decirla! No, no, yo no querré á otra que á Trinidad: mi padre y vos habeis consentido en nuestro matrimonio.

—Tu padre pensará de otra manera cuando se haya acostumbrado á ser rico, y tú mismo olvidarás á Trinidad.



—Yo olvidarla? Nunca, ni puedo, ni quiero. ¡Es tan buena! Se moriría de pesar si su Pablo la olvidara solo porque es rico y si yo fuera capaz de semejante cosa, me rompería la cabeza contra un muro.

—Pues por de pronto dejarás de verla.

—Por el contrario, mi padre me ha dicho que fuera temprano para que no supiera por nadie antes que por mí, la noticia de nuestra herencia.

—Pues llegarás tarde; la mitad de la villa lo sabe ya.

—Pero, madre, murmuró Pablo con acento suplicante, vos no teneis mal corazon; recordad que hace seis años que mirais á Trinidad como hija propia, que os ama como á su difunta madre, que os rodea siempre de solicitud y cariño; que queria adivinar con la vista vuestros deseos, y esto no tenia nada de particular: ibais á ser su madre: acordaos que cuando estuvisteis mala no se apartó de vuestra cabecera: solo se separaba para ir á la iglesia á rogar por vos. Ya antes de esto yo queria mucho á Trinidad; pero desde que ví el interés que se tomó por vos, mi cariño se redobló, y á mis ojos todas las muchachas de Amberes juntas, no valen lo que Trinidad: no nos priveis el querernos, porque la matareis en cambio del afecto que os tiene.

A la par que hablaba así, el jóven dejaba correr las lágrimas de sus ojos, lagrando hasta



conmover á su madre que inclinando la cabeza para ocultar su emoción, murmuró:

—Bien, Pablo, bien; harás llorar á una piedra; vé á ver á Trinidad; procuraremos cuando sea tu esposa vestirla mejor, y yo le daré algunas lecciones de buenos modales.

—¡Oh! ¡gracias, gracias madre mia! Ahora haced de mí lo que querais; hacedme hasta poner guantes: aunque las gentes se rían de mí por todo pasaér, no dando que sentir á Trinidad.

Y se dirigió rápidamente á la puerta.

—Pablo, Pablo, ponte el sombrero. Un hombre rico no puede llevar gorra; ponte tambien esta linda corbata de seda azul y grana que acabo de comprarte.

Con algun despecho contempló el jóven los colores chillones de la corbata, aunque se la dejó poner pacientemente: despues se lanzó á la puerta dando saltos de alegría.

—Pablo, no saltes, ya te he dicho que eso no conviene á tu rango.

Contúvose el jóven y salió á la calle por fin, donde respiró.

Era un hermoso dia de primavera y la calle estaba como de costumbre, adornada á un lado y otro por las muchachas encajeras de la calle.

Pablo por complacer á su madre habia acortado el paso, y marchaba con la cabeza erguida.

A su aparición la mayor parte de las muchachas levantaron la cabeza, cuchichearon entre



sí, y contemplaron á Pablo como si ante ellas pasase un objeto raro.

Al advertirlo este, el carmin de la confusion tiñó su frente y le pareció que toda su ropa estaba llena de puntas de alfileres, segun le pinchaba por todo el cuerpo. Se esforzó no obstante en dominar su emocion y acercándose al grupo que trabajaba delante de la puerta del zapatero, exclamó:

—Buenos dias, Anita, ¿por qué pones esa cara tan asustada? soy yo acaso algun elefante ó alguna ballena?

Entretanto, otro grupo de mujeres le miraban desde lejos señalándole con el dedo.

Anita tardó mucho en contestar y por fin murmuró:

—No, señor Pablo, no es que seais eso que decis: es que hoy os vemos con sentimiento.

—¿Por qué?

—Porque ahora nuestra calle estará muy triste en cuanto Pablo el alegre se haya mudado á la casa á donde va á vivir con jardin y cochera.

—¿Estais locas? Yo soy siempre el mismo.

En este instante un anciano encorvado bajo el peso de los años, se acercó al jóven respetuosamente, y dijo:

—Mr. Smet, tengo que deciros una cosa; yo os suplico que no juzgueis atrevida mi pretension.

El jóven, avergonzado ya hasta el último extremo, murmuró:



—¿Quereis burlaros todos de mí? Qué diablo, venga esa mano.

El anciano agradeció con una sonrisa el apretón de manos del jóven y murmuró:

—Muchas gracias, Mr. Smet; pero permitidme continuar. Mi hija Susana vos las conoceis.

—Vaya si la conozco. Es una honrada jóven.

—Bien sabeis que es muy primorosa en la costura y yo quisiera merecer de vos que la recomendáseis á vuestra madre, que segun me han dicho, encargaba costurera esta mañana.

Pablo estaba absorto y creia soñar.

—Si, si, yo lo haré, pero, por Dios, dejad ese tono tan respetuoso; yo creo que va ser necesario encerrar á todo el barrio en la casa de locos.

El anciano se alejó, y Pablo, volviéndose á las muchachas, exclamó con su habitual viveza:

—Y Trinidad, ¿como no ha salido hoy con vosotras?

—¡Pobre Trinidad! Si no se muere será un milagro.

Sin hablar mas palabra palideció el jóven y penetró en casa del zapatero.

Encontró á la jóven sentada cerca de la única ventana que daba á la calle: enjugaba los ojos con el delantal, y además sollozaba en alta voz.

Pablo se apoderó de una de las manos de la jóven, qué lanzó un grito doloroso y retiró vivamente su mano.



—¡Trinidad! ¡Trinidad! exclamó Pablo con desesperación. ¿Por qué ese dolor? ¿Por qué esa tristeza? ¡Habla, habla!

La jóven enjugó sus ojos, fijó en Pablo una mirada de dolorosa resignación y murmuró:

—Dejadme, Pablo: bien sé que no es vuestra la culpa; vos no habiéráis tenido la crueldad de dar ese golpe á la pobre Trinidad.

—Pero, por amor de Dios, ¿qué ha sucedido?

—Yo soportaré mi triste suerte, y aunque muriese de pesar, nunca, nunca os echaré la culpa.

—¿Pero qué sucede, en qué he podido faltarte? ¡Consuélate! Nada ha variado entre nosotros.

La jóven sonrió tristemente y dijo:

—Bien conozco, Pablo, que soy demasiado pobre para fijar los ojos en vos. Vos sois de una gran familia y mi padre no es mas que un artesano honrado.

Pablo llevó la mano á su frente con despecho, y añadió:

—Pero quién ha dicho todo eso? Trinidad, por Dios, no hagas caso de malas lenguas.

—No lo son, por desgracia. Vuestra madre se ha burlado de nosotros en la tienda; ha dicho que no consentiría jamás en que entrase en su familia la hija de un zapatero... Vos debéis obedecer, Pablo. En cuanto á mí, esto pasará...

Y añadió sin poder contener sus lágrimas:

—Cuando esté en la sepultura! Pero no im-



porta; vos pensareis en mí alguna vez, y esclamaréis: la pobre Trinidad murió muy jóven porque me quería demasiado.

Pablo escondia su rostro entre las manos, y exclamó sin poder ocultar su emocion:

—Trinidad, me estás atormentando sin motivo; aunque mi padre fuera rey, no por eso dejarías de ser mi esposa. Mi madre misma no tiene otro deseo.

—Vuestra madre, que ha hablado con tanto desprecio de mí?

—No importa, la riqueza puede cegar un instante... pero mi misma madre me ha enviado cerca de vos, y no hace diez minutos que exclamaba: "Rica ó no, Trinidad será mi hija."

La jóven, palpitante de esperanza, fijó sus ojos húmedos en los de su prometido y murmuró:

—Dios mio, podría aun Mad. Smet ser mi madre? podría yo aun ser dichosa en el mundo? Pablo, Pablo, no me engañéis.

En este instante el zapatero entró en la estancia: era evidente que acababa de dejar su trabajo, porque aun conservaba en la mano el tirapié; detúvose al ver al jóven, y exclamó con acento severo:

—Mr. Smet, me admiro de que aun os atrevaís á entrar aquí. Somos pobres, pero honrados, y cada uno es en su casa rey. Salid y no volvais á recordar donde vivimos.

—Oh, padre mío! exclamó vivamente su hi-



ja: no os enfadeis, no está el asunto tan malo como le creéis vos.

—Vuestros padres obran perfectamente, exclamó el zapatero con tono irónico; cuando eran pobres nada importaba, pero hoy, que van á heredar no sé cuántos miles, sería un escándalo que os casárais con la hija de un zapatero; pero tened entendido, que este zapatero tiene tambien su amor propio, y no consentirá que volvais á acercaros á su hija pobre y todo.

--Por Dios, no seais injusto, murmuró Pablo con tristeza, mi madre me envía para que la disculpe de lo que haya podido decir en contra vuestra; no lo ha dicho con intencion, y yo os ruego que lo olvidéis.

—Nunca, replicó con entereza el zapatero. Delante de todo el mundo nos ha despreciado y no es cosa de que digan las gentes que por que somos pobres nos dejamos pisar. Vos no volveréis á poner los pies en esta casa.

—¿Y si mi madre viniera en persona á disculparse?

—Entonces... exclamó el zapatero vacilando.

—Pues bien, vendrá, corro á buscarla.

—En este instante no está.

—Entonces iré cuando vuelva.

—Pero entretanto no podeis permanecer aquí; saldreis ahora mismo, y no volveréis sino acompañado de vuestra madre. Toda la vecindad nos observa y se murmuraría de vuestra estancia aquí.



Pablo, se dirigió á la calle, no sin decir á la jóven al salir:

—Tranquilízate, Trinidad, todo irá bien.

Cuando Pablo entró en su casa, encontró á su padre sentado delante de la mesa con el rostro abatido, los ojos enrojecidos y la mirada incierta.

—Pablo, exclamó al ver á su hijo: ¿que ocurre? ¿por qué tan sofocado?

—Padre, vengo de ver á Trinidad, y creí que su dolor me partía el alma. Su padre ha estado á punto de echarme á la calle, pero todo se arreglará. Y vos padre, ¿estais mejor?

—Sí, no fué nada; una agitacion nerviosa. Pero, ¿cuál ha sido la causa del disgusto de Trinidad? ¿qué ha ocurrido?

—No sé. Mi madre creo que ha dicho que Trinidad no era digna de entrar en nuestra familia; es muy natural que su padre...

—¡Tu madre!... ¡tu madre nos perderá!... no puede dominar su orgullo, y habla como si tuviera que recibir millones de oro.

—Decís bien, padre mio; y ahora, cuando yo fuí á casa del zapatero, Anita me ha preguntado si á mas de los millones no debíamos recibir varias casas y navíos.

—¡Dios mio!... ¡Diosmio!... ¡favorecednos! dijo Juan sin poder dominar su angustia. Gracias á esas habladurias de tu madre, no haremos sueño tranquilo, y todos los ladrones de las cercanías expiarán nuestra casa, nos asesinarán quizá!



—No es difícil; en toda la villa no se habla mas que de esta fabulosa herencia.

—¡Fabulosa! repitió Juan cubriéndose el rostro con las manos. ¡Ay!... ¡Pablo, Pablo! ¿Si fuera tanto como las gentes dicen?

—Mucho debe ser; ya veis trescientos mil florines solo en dinero.

—Esas gentes han perdido la cabeza.

—Bien, supongamos que sea la mitad.

—No, no, no, ni la mitad; no se trata mas que de una fortuna modesta.

—Y á quién se puede creer? vos decis eso, mi madre en cambio habla de una casa con jardin y cochera, de trajes, de alhajas, de criados que por fuerza las gentes han de suponer que hemos recibido un monte de oro.

—Tu madre nos perderá: exclamaba el pobre Juan con desaliento; pero escucha, cuando vuelva le haré conocer que yo soy aquí el amo, le impondré silencio, pisotearé sus malhadados trajes y adornos, y si reniego de mi carácter para poner coto á sus bachillerías, es por nuestro propio bien. Calla y tú tambien llevas un nuevo collarin.

—¡Ay! en efecto lo habia olvidado: exclamó Pablo arrancándose violentamente la corbata que su madre le habia puesto.

El jóven permaneció largo rato contemplando á su padre, que apoyado con la frente en sus manos parecia víctima de un letargo. Al cabo de un instante Pablo rompió el silencio en estos términos:



—Ojalá nunca hubiera venido tal herencia! Si nosotros no hemos nacido para ser ricos; si la riqueza nos atormenta, ¿creeis padre que haría yo cualquier sacrificio por volverme á quedar pobre?

—No desees la pobreza, pobre hijo mio, murmuró Juan suspirando; si tu madre sigue el camino emprendido, pronto la verás á nuestra puerta.

El acento de Juan era tan extraño, tan afligido, que Pablo no pudo menos de exclamar con ansiedad:

—Padre, estais malo?

—No, no tengo nada, un poco afectado nada mas.

—Es posible? la riqueza habrá cambiado hasta ese punto vuestro carácter? vuestros ojos están fijos, vuestras mejillas pálidas; vuestro acento afligido; ¿qué se ha hecho de vuestro buen humor!

—Acaso haya algo de verdad en todo cuanto dices; pero en cambio ser rico....

—Cuando no lo éramos no había en casa ningun pesar.

—Tu madre tiene la culpa de todos y su afan de lucir es lo que me atormenta; figúrate que acaba de salir en busca de una criada y no la quiere sino ha servido en alguna casa principal. Cómo he de dormir teniendo gentes extrañas dentro de casa?

—Pero por qué teneis tanto miedo, padre?



Aun despues de recibir la herencia lo comprendo, pero ahora.

En este instante la puerta se abrió y un criado con librea penetró en la estancia. Lo primero que hizo fué tender una mirada de asombro en torno suyo, y despues exclamó:—

—Bien dicen que la gente del pueblo se burla de su sombra: me han dado mal las señas; perdonad.

—Qué significa esto? exclamó Pablo.

—Es muy sencillo, que me he equivocado de casa; pero no es mia la culpa, sino de esas muchachas encajeras que me han dicho que era aquí donde vivían esos herederos tan ricos de que se habla.

—Aquí es.

—Aquí? imposible!

—Si no quereis creerlo, iros y dejadnos en paz.

Juan entretanto contemplaba al lacayo con mirada estúpida.

—Si es aquí, añadió este, diré á lo que vengo. Habeis de saber que estoy sirviendo en casa de Md. Steen en calidad de lacayo, pero estoy muy descontento porque la señora me está llamando siempre bruto, animal y otras cosas por el estilo, que yo os aseguro son mentira; me han dicho que la señora que aquí vive necesitaba un criado que hiciese de lacayo en el carruaje y la llevase la silla y el devocionario á la iglesia.....

No acabó, porque Juan, sin poderse conte-



ner, levantó una silla sobre su cabeza, y exclamó:

—Salid de mi casa, villano! insolente!

Pablo le contuvo y el criado exclamó retrocediendo:

—Teneos, teneos, yo no os he ofendido: caramba, estos señorones parece que están autorizados para todo. Y desapareció cerrando tras sí la puerta.

A poco la puerta volvió á abrirse para dar paso á Teresa, que entró lanzando á su marido y á su hijo miradas amenazadoras.

—Me marchó, murmuró Juan á media voz; me voy arriba, porque si no haré un desatino con esa mujer.

Y subió la escalera refunfuñando, mientras su mujer exclamaba con tono áspero:

—¿Qué ha ocurrido de nuevo?

—Nada, nada, madre; un lacayo estúpido que ha venido con la pretension de que le admitiéramos, y mi padre le ha despachado.

—Ya he leído yo en su cara que alguno de esos sucesos habia ocurrido.

Pablo tomó cariñosamente la mano de su madre, y murmuró:

—Madre, querreis hacer una cosa por mí?

—Sin duda, hijo mio, lo que tú quieras.

—Pues bien, madre, fui á ver á Trinidad.

¡Si la hubieras visto vos, no hubierais podido menos de derramar lágrimas! parecía que la pobre niña iba á morir de pesar; venid conmigo, venid á decirle que no teneis ningun resen-



timiento contra ella, que sois siempre la misma... conozco vuestro noble corazon y he prometido que así lo hariais!

—¡Zalamero! ¿quién puede negar lo que tú pides?

Pablo saltando de alegría corrió al pié de la escalera, y exclamó:

—Padre, al momento volvemos, no vamos mas que á casa del zapatero.

Y radiante de alegría, salió arrastrando á su madre tras él.

## V.

Como si el tesoro descubierto hubiera sido un mónstruo que hubiera tomado aquella forma para atormentarle, el pobre deshollinador no conocia un instante de reposo, y su casa, mansion en otro tiempo de ventura, se trasformó en un nido de discordias.

Mad. Smet, así se hacia llamar su mujer, varió en pocos dias todo su guardarropa, no salia á la calle sino con lujosos vestidos y lindos sombreros con cintas y plumas.

Vestida y adornada como una gran señora, cruzaba la ciudad de un extremo á otro sin cuidarse de que las gentes la mirasen al pasar y hasta la señalasen con el dedo. Por el contrario, esta curiosidad que escitaba halagaba sobremanera su orgullo y creia que las gentes decian al verla:

--¡Ahí va la rica heredera, la mujer del



deshollinador, que ha recibido una herencia fabulosa de su familia! ¡Bien se conoce en su aire que descendia de gentes de alto copete!

Algo habia de esto: todo el mundo se ocupaba de ella al verla, pero con la única diferencia de que era para censurar lo grotesco de sus afectados ademanes.

Se la veia con frecuencia por las calles donde están los mas lujosos almacenes, en los que entraba y salia, revolvialos géneros y compraba por fin, hablando siempre de su tia de Holanda, de la herencia que esta la dejaba, y del tren que pensaba montar en cuanto la recibiese.

Preguntaba todos los dias y á todo el mundo si sabia de una buena doncella, de un cochero, de un lacayo, y hablaba continuamente del color que habia de tener el tronco que pensaba comprar para su carretela.

Despues de dar á luz de este modo su persona todos los dias, volvía á su casa cuidando siempre de volver por distinto camino, para que la viese mayor número de personas.

Cada vez que encontraba alguno de sus antiguos conocidos, les dirigia una sonrisa benévola; y si la persona en cuestion era persona humilde, no dejaba de ofrecerle su preteccion, pero con una superioridad, que en vez de halagar lastimaba á quien trataba de favorecer.

Su marido entretanto era el mas desgraciado de los hombres: sabia que el tesoro no era inagotable y lamentaba las liberalidades de su mujer, que le llamaba ruin, avaro, añadiendo



que bien probaba ser de una familia de pocas ó mas. Añadia que despues de todo, el dinero era de ella, no de él, y que queria vivir como correspondia á su clase y no como las gentes que no poseen un escudo.

Entonces Juan montaba en cólera, queria apoderarse á todo trance de la llave del baul, y olvidándose él de las consideraciones que se deben á toda mujer, y ella de la dignidad de la gran señora, se llenaban de injurias, si no es que llegaban á mayores.

Esto producía naturalmente entre ambos esposos un desvío recíproco, y pasaban los dias enteros sin decirse una palabra, á no ser aquellas que les podian ofender.

Teresa queria á todo trance alquilar la famosa casa con jardín, su marido se oponia á dejar la que habitaba y de esto surgian que amenazaban ir á parar á un tribunal.

Pablo, el mancebo jovial que al principio conocimos, habia variado completamente, y las continuas querellas de que era testigo, habian acabado por entristecerle y sumirle en una profunda melancolía.

Hablaba poco, siempre con aire muy formal, y si alguna vez intentaba decir alguna broma, era con acento tan triste, que jamás conseguia una sonrisa de su auditorio.

Su perpétua tarea era consolar á su padre, y cuando se hallaba solo con su madre, tratar por medio de dulces palabras y juiciosas reflexiones de moderar su conducta.



Todo era inútil, y en vano trataba de reparar la avaricia del uno ni la prodigalidad de la otra, y por consiguiente las querellas continuas.

El jóven ademas tenia otros motivos de pesar: cierto es que su madre no insistia en alejarle de Trinidad, pero no por eso dejaba de humillar á la jóven á cada paso: cierto es que habia querido traerse á la jóven á su lado, pero era para enseñarle como habia de saludar, como habia de vestir, como habia de tener la cabeza, las manos y los piés.

La paciente jóven sostenida por su amor cedia á todas estas vanidades de su futura suegra y aun se creía reconocida al favor que le dispensaban de admitirla en tan distinguida familia. Siempre que se hablaba de esto en cualquier parte, Mad-Smet hacia constar su generosidad en el asunto, consintiendo en el matrimonio de su hijo único con la hija de un... zapatero.

Estos comentarios humillaban al zapatero, que no disimulaba á Pablo sus resentimientos, añadiendo que si su madre continuaba explicándose así, él seria el primero en romper el matrimonio que proyectaban.

Era justo, el padre de Trinidad tenia, aunque artesano, su amor propio, y solo las súplicas de su hija, de Pablo, y de su antiguo camarada Juan, podian detener tan sábia resolucion.

Gracias á estas contrariedades, los dos jóve-



nes abrigaban temores serios que á veces hacian asomar lágrimas á sus ojos.

Ocho dias habian ya pasado desde el descubrimiento del tesoro, y Juan no habia dejado la casa mas que el domingo para ir á la iglesia.

Era lunes y la caida de la tarde: aquel dia como otros muchos habia habido un ruidoso altercado, solo que este habia sido seguido de una aparente reconciliacion.

Teresa, encontrándole en una disposicion mas favorable, se esforzaba en hacer comprender á su marido que por su salud y por su propia conveniencia debian dejar aquella casa y vivir un poco mas en sociedad.

A lo primero, Pablo y su padre se negaron; á lo segundo, Juan accedió diciendo que iba á beber una azumbre con los amigos.

Su mujer se esforzó en disuadirle de este nuevo empeño, exclamando que no debia ir á la taberna sino á un café, donde encontraria licores de todas clases: por fin, como estaba de gracias, consintió en que su marido diese un paseo como en otro tiempo por las afueras de la ciudad.

En él Juan se encontró á la puerta de la taberna donde solían reunirse, y dentro de ella á todos los amigos, que empezaron á felicitarle por su cambio de fortuna; pero cuando se vió con ellos sentado en rededor de una mesa, cesaron las felicitaciones y comenzaron como en otro tiempo las bromas y los tragos. ¡Qué dulce era para Juan el acento de sus amigos! ¡Qué



franca cordialidad respiraban sus palabras! ¡Qué placer tan inmenso le causaba su pipa, y como recreaban su visita las espirales que formaba el humo exhalado de su boca! Desde que era rico no se habia sentido tan dichoso como en aquel momento!

Juan Smet se creia en otro mundo. Se olvidó por un momento de su tesoro y hasta de su mujer y aun encontró algunas bromas para hacer reir á los amigos.

El reloj de la taberna dió las diez, dejando estupefacto á Juan por lo pronto que habia trascurrido el tiempo.

Quisieron detenerle, pero en vano. Juan estrechó la mano de sus amigos, prometiéndoles volver siquiera una vez por semana á pasar un rato con ellos, y partió.

Se necesitaba una media hora para llegar desde la taberna hasta la puerta de la ciudad; la noche estaba oscura, pero Juan habia recorrido cien veces aquel camino, y avanzaba con paso firme.

Dichoso por haber pasado un rato con sus amigos, su pecho se dilataba con mas expansion, y una dulce sonrisa se dibujaba aun en sus lábios. De repente, un grito ahogado se escapó de su pecho, porque de detrás de uno de los árboles cercanos saltó un hombre hácia él, amenazándole puñal en mano.

— ¡Si gritas, eres muerto!

— Dejadme... ¿qué quereis de mi? balbuceó Juan mas muerto que vivo.



—Le bolsa ó la vida.

—Tened, tened todo cuanto llevo... unas monedas de plata y algunos cuartos.

—¡Mientes!... has heredado!... dame dinero ó eres perdido. Y silbó de un modo particular como haciendo una seña.

Otros dos bultos se movieron en la sombra, uno de ellos tapó su boca con un pañuelo, y el otro registró sus bolsillos. Le robaron el reloj de plata, le destrozaron la ropa, le maltrataron cruelmente y huyeron despues de arrojarle en el hueco de un árbol, bien porque oyeran ruido de alguien que se acercaba, bien porque comprendieran que nada mas podian obtener de su víctima.

Juan Smet permaneció un momento como aturdido: no obstante, como no estaba herido peligrosamente, volvió pronto en sí y siguió precipitadamente su camino; quiso pedir auxilio en las casas vecinas, á fin de que los ladrones fuesen perseguidos, pero porque la policía no se mezclase en sus asuntos, renunció á la ejecucion de su proyecto y quiso mejor, cual verdadero avaro, deborar su pesar que llamar la atencion general sobre su riqueza.

Con el corazon palpitante y trémulo de ansiedad franqueó la puerta de la ciudad, no sin maldecir en su precipitaba marcha los disgustos y peligros que proporcionaba el ser rico. Todas estas reflexiones se desvanecian no obstante ante el oro que poseia, cuyo brillo arrasaba su alma con poderosa atraccion.



Fluctuando así entre la desesperacion, el terror y la avaricia, penetró en su casa y se dejó caer sobre una silla; su mujer y su hijo le manifestaron la mas amante solicitud y escucharon estremecidos el relato de su aventura.

Aquella noche Juan no pudo dormir tranquilo, y en cuanto conciliaba el sueño, soñaba con ladrones y asesinos, pareciéndole que un puñal atravesaba su pecho despertándole sobresaltado.

## VI.

Al día siguiente por la mañana cundió por todo el barrio que Teresa Smet ni habia heredado ni podia heredar: el abogado encargado durante muchos años de sus asuntos de familia, habia asegurado que los Smet no tenian familia en Holanda y por consiguiente no podian recibir herencia ninguna por aquel lado.

La misteriosa conducta del deshollinador daba mas fuerza á estas suposiciones, y la envidia que Teresa habia despertado en sus vecinas con sus bachillerías, hacia que acogiesen con mas afan cualquier indicio que les perjudicase.

Confirmáronse mas y mas en sus suposiciones, cuando vieron que dos ó tres agentes de la policia rondaban sin cesar la casa de Juan.

Susurrábase entre otras muchas cosas, que ocho dias antes, precisamente á aquel que habia precedido á la aparicion de la herencia, se habia cometido un robo en casa de un rico



cambiante de la ciudad, y que los ladrones se habian llevado consigo un cajon lleno de monedas de oro y plata. No habia nadie que creyese á los Smet capaces de cometer un robo, pero lo cierto era que habian cambiado de fortuna y que aquel dinero no se sabia de dónde habia venido.

El dia á que nos referimos, Pablo estaba en casa del zapatero, sentado junto á su prometida, que hacia esfuerzos inauditos para que las lágrimas que anublaban sus ojos no cayesen sobre su labor. El jóven la contemplaba con dolorosa espresion y á veces una angustiosa afliccion parecia pintarse en su mirada, y otras el carmin de la cólera se pintaba en su frente.

Trinidad por compasion á él disimulaba su propio dolor y exclamaba con acento persuasivo:

—No os aflijais, Pablo, esas son habladurías; ¿qué os importa que las gentes murmuren, si vuestros padres pueden probar de dónde han recibido ese dinero?

—Ah! murmuró el joven, ese maldito dinero causará nuestra desgracia; mi padre desde que le tiene está tan abatido, que dificilmente escapará de una enfermedad, y mi madre, mi pobre madre, dudo si aun conserva sus cinco sentidos. ¡Oh, sí! hay instantes en que temo por su razon; por otra parte, vuestro padre está enojado conmigo; y lo último, lo mas horrible es esa suposicion que me llena de ver-



güenza y de espanto. ¡Oh, sí! no lo dudes, todas estas cosas acabarán por hacernos infelices, por separarnos.

La jóven ocultó el rostro entre sus manos.

—Trinidad, murmuró el jóven profundamente conmovido; esta mañana he ido á la iglesia y he rezado mucho; ¿y sabes por qué? porque Dios vuelva á dejarnos pobres como éramos.

La jóven levantó sus ojos llenos de lágrimas, y murmuró:

—Eso ya es una exajeracion, Pablo; hay muchas gentes ricas que no por eso son desgraciadas.

—Podrá ser; pero á nosotros el dinero nos sirve solo de un veneno activo, de un acerado puñal. Desde el malhadado dia en que se apareció en nuestra casa, no hemos tenido mas que querellas y desdichas; ayer mismo mi padre ha estado á punto de morir á manos de un asesino; hoy todos le señalan como á un ladron. ¡Ah! y no saber quién fué la primera vívora que manchó con su veneno el nombre de mi padre!

En este instante entró el zapatero, y despues de cerrar la puerta de la calle, murmuró:

—Trinidad, déjame solo con Pablo.

La jóven lanzó un gemido de angustia y cruzó las manos en ademan suplicante; pero una mirada imperiosa de su padre la hizo salir sin murmurar.

El zapatero entonces, colocándose delante de Pablo, exclamó con entereza:



—Pablo, ¿de dónde ha sacado vuestro padre esas monedas que su mujer enseña á todo el mundo?

El jóven, asombrado de la magnitud de la pregunta, no supo qué contestar.

—Hablad: ¿de dónde ha venido ese dinero?

—Mi madre ha heredado.

—A quién?

—Es decir, heredará á su tío.

—Y el dinero que ya tiene?

—Le habrá recibido á préstamo.

—De quién? de quién?

—Lo ignoro.

—Desgraciado! Ignorais lo que os amenaza?

—Qué ocurre? me aterrais! hablad por favor.

El zapatero, arrastrando entonces al jóven á un ángulo de la estancia, exclamó rápidamente:

—Vengo de tomar medida para unos zapatos al criado del comisario de policía, pero aunque me han llamado con este pretesto, otro era su fin: el mismo comisario me ha estado hablando de vuestro padre, me ha preguntado la procedencia de su fortuna; no puedo rebelar lo que me ha confiado el comisario, pero tengo piedad de vuestro padre que fué siempre mi amigo: tengo lástima de vos que sois inocente de mi pobre hija que morirá de pesar...

—Por favor, que ocurre? murmuró el jóven fuera de sí.

—Corred, Pablo! añadió el zapatero con voz mas baja: decid á vuestro padre que huya; que



desaparezca. Quizá á esta hora se dirijan á prenderle!

—A prenderle! prender á mi padre? exclamó Pablo con fiereza.

—Creedme, no perdais el tiempo en palabras inútiles, apresuraos ó vuestro padre está perdido.

Y acercando su boca al oído del jóven murmuró:

—Se habla de un robo, se sospecha de vuestro padre.

Un estremecimiento convulsivo agitó á Pablo de piés á cabeza.

—Cómo! exclamó, ¿dareis té á semejante calumnia? creeis que mi padre?...

—Yo no creo nada, pero si le preguntan de dónde ha recibido el dinero ¿se justificará?

—Se justificará, no lo dudeis.

—Tanto mejor: cuantas veces se lo he preguntado yo ha tenido un candado en los lábios. Obrad como gustéis pero no se os ocultará que interin este negocio no esté enteramente aclarado, no podeis continuar viendo á Trinidad: ella tiene buena reputacion...

Un grito de dolor se escapó del pecho del jóven, quien reponiéndose al punto, exclamó con entereza lanzándose á la calle:

—¡Yo lo aclararé, yo lo aclararé!

Cuando entró en su casa encontró á su padre solo y meditabundo como siempre.

Cerró la puerta con doble llave; corrió el ce-



rojo y acercándose resueltamente á su padre, exclamó:

—Padre, padre querido, no os ofendais de la pregunta que voy á haceros, pero no puedo resistir por mas tiempo esta agonía.

Juan contempló á su hijo con sorpresa.

—Padre, ¿de dónde viene el dinero que mi madre enseña á todo el mundo?

—Le hemos heredado.

—No, heredado no, le habeis recibido á préstamo sobre la herencia, no es eso?

—Si, si, eso es.

—¿Quién os le ha dado? ¿dónde?, añadió el jóven con impaciencia febril.

—Pablo, exclamó entonces Juan con acento severo, olvidas el respeto que debes á tu padre al interrogarle como si fueras un juez.

—No importa, perdonadme, pero yo quiero saberlo, necesito saberlo.

—Ah! Pablo, me preguntas una cosa que no puedo decirte.

—¿Qué no podeis decirlo? añadió Pablo con acento trémulo, ¡gran Dios!

—¿Qué tienes Pablo?

—Padre, padre, se ha cometido un robo, se sospecha de vos.....

Juan no pudo dominar la espresion de espanto que en él produjeron estas frases; pero reponiéndose al punto murmuró:

—Calumnias inventadas por los envidiosos: el tiempo me justificará.



—Es que no hay tiempo, padre; es que la policía trata de prenderos.

Una palidez mortal cubrió el rostro de Juan, que cayó en la silla anonadado.

Esta emoción incomprensible de su padre despertó en Pablo un profundo terror.

—Por amor de Dios, padre, decidme de dónde habeis sacado ese dinero.

Juan permaneció mudo.

—¡Seria cierto! ¿no contestais? ¡Oh! qué vergüenza!

A esta acusación dirigida por su propio hijo, Juan cubrió el rostro con sus manos y dejó correr su abundante llanto.

Pablo, conmovido por este dolor de que habia sido causa, murmuró:

—¡Perdon, padre mio! ¡soy tan desgraciado!

—¡Acusado por mi propio hijo! ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! esto es demasiado.

—Reflexionad, padre mio, que os calumnian y que no puedo defenderos: que me preguntan y que no puedo contestar; ¡decídmelo, padre mio!

—No puedo, no debo.

Y al ver que su hijo palidecia de nuevo añadió:

—Pero vive tranquilo; tu padre es un hombre honrado.

—Y el comisario, padre... ¿No le direis tampoco?...

Juan para cortar una conversacion que no



sabia ya como seguir, exclamó con acento imperioso:

—Vete, déjame solo.

—Padre, por favor...

—Obedéceme, es preciso.

Pablo ante esta orden terminante, levantó los ojos al cielo y salió desesperado de la estancia.

Por largo rato Juan permaneció inmóvil con la vista perdida en el espacio, considerando quizá los pesares que su inesperada fortuna le habia causado. Esta melancólica reflexion despertó en su alma un sentimiento de ódio hacia el dinero que le habia robado la felicidad; pero en breve su insaciable avaricia habló mas alto y solo la idea de la justicia logró hacerle vacilar en su propósito de ocultar el dinero.

Resolvió, por fin, que solo en un último extremo revelaria al comisario la procedencia de su fortuna, y esta resolucion pareció descargar su pecho del peso que le oprimia.

Cuando Teresa volvió de su paseo, Juan le refirió lo que habia dicho Pablo y su resolucion de declarar francamente la procedencia del dinero.

Su mujer, que sabia mejor que él cuanto se decia por la ciudad, se desató en injurias contra el zapatero, que segun ella era el que habia enterado al comisario de todo. Juró una y mil veces que no consentiria en la boda de Pablo con Trinidad, y exclamó al ver el terror que se habia apoderado del alma de su marido:



—Pero, ¿es posible que te hayas vuelto tan gallina? La sola idea del comisario basta para asustarte. Así, ¿has robado? pues entonces, ¿qué pueden hacerte?

—Es igual, no quiero mentir ante la ley.

—Es verdad, debes decir francamente todo lo que ha ocurrido; debes consentir que el escribano y el juez se apoderen de nuestro dinero, entretanto que hacen las averiguaciones convenientes, y verás cuando te hayan gastado la mitad en trámites judiciales, cómo se rien del inocente pájaro que á su gusto despluman.

—Puedes decir lo quequieras, pero yo hablaré: así como así, ese dinero comienza á pesarme como si tuviera encima una montaña.

Teresa, al ver que eran inútiles todas sus reflexiones, exclamó colérica:

—¿Y qué, tú tienes derecho para hacer lo que te propones? ¡ese dinero es mio! ¡tus padres no han poseído nunca un solo real! ¡Atrévete á entregar á la justicia la herencia de mi padre!

Juan no se atrevió á contestar, pero hizo con la cabeza un signo afirmativo.

—¡Ladron! repuso su mujer, eso equivale á robarme mi dinero. Te consta que los extraños nada tienen que ver con él; apelaré á un juez, me separaré de ti, y entonces podrás entregar tu ajuar de deshollinador á la justicia.

—Pero... ¡mujer! ¡mujer! exclamaba Juan pálido de ira. Escucha la voz de la razón.

—No hay razón que valga; no ha habido un



adarme de razon en toda tu familia. Veamos, ¿vas á hacer lo que yo te diga, ó no?

Juan guardó silencio.

—No? está bien, yo cortaré por lo sano. Ahora mismo parto con el dinero y no me volverás á ver en toda tu vida.

Y como Juan permaneciese inmóvil se dirigió, en efecto, al baul, el que abrió, comenzando á llenar sus bolsillos de dinero.

—Quédate aqui, cobarde, ruin, proseguia Teresa. No me volverás á ver; parto en el primer barco para América, y aun mas lejos me iria para no volver á oir hablar de tí.

Juan estaba convencido de que su mujer no pondria en práctica su proyecto; pero se aterraba de que cargada de dinero fuese recorriendo las casas de los vecinos escitando aun más las hablillas del barrio.

Dirigióse, pues, á la puerta, torció la llave y la guardó en su bolsillo. Teresa al verse encerrada se desató en imprecaciones contra su marido, proponiéndose arrancarle la llave á viva fuerza, lo que produjo una lucha que no terminó mas que con la promesa de Juan de obrar como su mujer quisiera.

Convinieron, pues, en que si la policía les interrogaba, dirian que el dinero procedia del padre de Teresa, que le habian conservado intacto hasta entonces, y para mayor seguridad volverian á esconder el dinero donde le habian encontrado.

Teresa dirigió á su marido las mas terribles



amenazas si llegaba á descubrir el sitio donde estaba el dinero y le trasladaron todo al desvan colocándole en el escondite, despues de lo cual Teresa trataba solo de darle valor.

El pobre Juan se asustaba ante la idea de complicar mas su situacion mintiendo á la justicia, y el menor rumor que se oia en la calle le estremecia creyendo que eran los gendarmes que venian á prenderle, exclamando apenas repuesto del susto:

—Maldito dinero! maldito dinero!

## VII.

Una hora despues la estrecha calle estaba llena de gente que cuchicheaba en grupos como esperando un suceso extraordinario: las miradas de todos iban á fijarse en la puerta del des-hollinador, la cual estaba custodiada por un gendarme.

Trinidad, apoyada en la puerta de su casa, lloraba, y algunas otras jóvenes amigas suyas se esforzaban en consolarla, aunque ellas podian apenas contener sus lágrimas.

La gente se agrupaba cada vez en número mas considerable á la puerta de Juan Smet, y cada uno con sus palabras y sus gesticulaciones, queria imponer su opinion á los otros respecto á lo que pasaba dentro de la casa.

--Bien hecho, decia una de las comadres del barrio; esto la enseñará á hacerse la señora;



ahora irá á lucir sus sombreros y sus trajes de seda á la cárcel pública. Allí contará á sus dignas compañeras si desciende de buena familia ó no.

—Por las señas, no hay que dudarlo, exclamaba uno de tantos chuscos que destacan en los corrillos: como que va á habitar la casa mas grande de la ciudad.

—Parece mentira, decia en otro corrillo un pobre viejo. Yo hubiera dado todo cuanto tenia al Sr. Juan.

—Decís bien; parecían tan buenos.... ¿De quién puede uno fiarse en el mundo?

—Ellos, que parecían tan contentos con su pobreza.

—Si no puede uno fiarse de nadie, exclamaba la mujer de un sastre, mezclada en uno de los corrillos; todo el mundo no piensa mas que en robar.

—No os acordeis de las tijeras de vuestro marido; se apresuró á exclamar uno que la escuchaba.

—Es preciso que cada uno tenga su merecido, repetia la primera que habló; y en cuanto á mí si llevasen á esa gran señora al cadalso no faltaría, aunque tuviera que ir á rastra.

—¡Qué mal corazon! exclamó una jóven que la escuchaba. ¿Qué bien os viene con la desgracia de esa familia?

—¡Toma! no, que dejarán sin castigo á los ladrones.

La jóven iba á contestar, pero en aquel ins-



tante otra comadre se internó en el corro esclamando:

—¿No sabeis cómo se verificó el robo?

Todos la miraron y ella continuó:

—¡Fiaos de nadie! Sí, siempre he dicho que la justicia debia impedir que los cambiantes tuviesen tanto dinero á la vista. Ya se vé, pasa un pobre, y todas aquellas monedas son una tentacion; yo vieja y todo cuando contemplo todas aquellas monedas no sé lo que me dá. Pues bien, Teresa, la mujer de ese *limpia chimeneas* estaba conmigo el otro dia delante de uno de esos escaparates, y yo le decia: tened cuidado, ese es el camino del cadalso.

—Eso es verdad, exclamó otra: hay muchos buenos que se vuelven malos á la vista del oro.

—Y cuando se tienen siete hijos en casa, siete hijos que sustentar! añadió un trabajador.

—Pero acabad, ¿no ibais á contarnos como Juan verificó el robo?

—Es verdad, pues vereis: *Juan sin penas* tenia la mala costumbre de pararse siempre delante de esos escaparates, y hace ocho dias fué llamado por uno de esos cambiantes para que limpiase una chimenea: la avaricia le tentó, se enteró de la disposicion de la casa y á la noche siguiente violentó la puerta y llevó cuanto oro podia cargar.

—Qué infamia!

—El tomó bien sus medidas y hubiera permanecido en el silencio si su mujer no hubiera agitado la cuerda de la campanilla.



—Sabeis de quién tengo yo mas lástima? dijo la jóven que antes habia hablado, de Trinidad, la hija del zapatero. Ved como llora! Se va á morir de pesar.

—Ya lo creo, como que le han hecho creer que iba á trasformarse en gran señora. y ahora todos esos sueños han desaparecido como el humo: iba á casarse dentro de poco tiempo, mientras que ahora si ha de casarse con Pablo tendrá que esperar diez ó quince años á que aprenda como se pasa la vida de presidio.

—Pues que, á Pablo puede alcanzarle la desgracia de su padre? preguntó tímidamente la jóven que sostenia el diálogo.

—Ya lo creo? como que en casa del cambiante se han encontrado huellas de mas de un hombre, lo que prueba que el Sr. Juan no esta solo.

—¡Pobre Pablo! ¡pobre Trinidad!

—No tengas cuidado, no atraparán á Pablo, tiene unas piernas escelentes y á estas horas habrá ya pasado la frontera con los bolsillos llenos de dinero.

—Basta, basta! vieja vivora, exclamó el jornalero que antes habia tomado parte en la conversacion. A Pablo le acabo yo de ver ahora mismo en la plaza donde se pasea como un loco.

—Lo cual prueba que algo sabe cuando algo le aflije!

—No creo que divierta á un hijo que la justicia detenga á sus padres con razon ó no.



Como se vé nadie dudaba de la culpabilidad de Juan y aun muchos celebraban aquel golpe que iba á herir de lleno en la vanidad de su mujer. Algunos, no obstante, querían intentar la defensa de aquella honrada familia; pero á estos el gendarme fijo en la puerta les sellaba los lábios.

Penetremos ahora en casa de Smet, en cuya primera pieza se encontraba sentado el pobre deshollinador con la cabeza escondida entre las manos. Un gendarme le custodiaba mientras interrogaban á su mujer en la pieza vecina.

En ella se encontraban dos ó tres personas de justicia á mas del comisario de policia y dos gendarmes.

Habian hecho sentar á Torsa delante del juez que debia interrogarla sin que ella abandonase la sonrisa sardónica que parecia tan estraña en aquella ocasion.

—Sosteneis, decia el juez, que ese dinero está en vuestro poder hace mucho tiempo, y que procede de la herencia de vuestro padre?

—Si señor.

—Es, sin embargo, notorio que vuestro padre murió sin dejar fortuna.

—Ya lo creo, como que me la habia entregado toda antes de morir; replicó Teresa sin vacilar.

—¿Y á cuánto ascendia la suma que habeis tenido conservada hasta hoy?

Teresa pareció reflexionar.



—Si no recordais bien, sobre poco ó menos.

—Ya comprendo, quereis envolverme por todos lados; pero eso no es fácil.

—¿Cómo?

—Habría algunos miles de florines.

—¿Como cuántos?

—Lo ignoro: no lo tenia inscrito en un libro.

—¿Habria unos diez mil florines?

—Si, señor; por ahí, por ahí.

—¿Cómo explicais entonces que durante veinte años hayais vivido con unos jornaleros que no cuentan más que con su trabajo y que de repente os haya dado el capricho de tirar el dinero á manos llenas?

—Cada uno tiene sus caprichos; me habian dicho que en breve iba á heredar á una tia muy rica que tengo en Holanda, y he creido que ya podia dejarme de economias y empezar á vivir como conviene á mi clase.

—¿Cuanto dinero conservais aun?

—Nada.

—¿Cómo es posible? Ayer aun enseñabais puñados de oro. ¿Que habeis hecho de ese dinero?

—Lo he regalado; no tengo necesidad de decir á quién.

—Quieres ocultar la verdad y nosotros la aclararemos á pesar vuestro. Ahora mismo va á comparecer vuestro marido. Si le hablais una palabra, si le haceis una seña, os sacarán de aquí para un calabozo.



Y volviéndose á uno de los gendarmes exclamó:

—Traed á ese hombre.

Cuando apareció en la estancia constituida en Tribunal, fué tal el temblor que le dió, que los mismos gendarmes tuvieron que sostenerlo para que no cayese, impidiéndole su estado oír las primeras preguntas que le dirigieron.

Ante esta turbacion sus jueces cambiaron miradas significativas, como no dudando que aquel fuese el verdadero culpable.

No obstante, lo que turbaba mas á Juan era la vista de su muger, porque resuelto á decir la verdad, al encontrarse bajo la influencia poderosa de su mirada sintió que le abandonaba todo su valor.

—Responded: ¿de dónde procede el dinero que públicamente gasta vuestra esposa?

—Mi mujer... mi mujer ha heredado.

—A una tia que tiene en Holanda, ¿no es cierto?

—Si señor... creo que sí.

Teresa enrojeció de cólera y sin poderse contener exclamó:

—Imbécil, ¿qué estás ahí ensartando? No le preguntéis, señores, si ha perdido la razon!

—Hola! tomad por el brazo á esa mujer y al menor movimiento sacadla de aquí.

Teresa se contuvo aunque sin adivinar qué interés podia moverles á conservarla allí.

—Decis, prosiguió el juez, que vuestra mujer ha heredado á su tia?



—Si señor... es decir, no señor, á su difunto padre.

—Os desmentís, y eso es burlarse de la justicia; decid francamente de dónde viene ese dinero,

Juan guardó silencio, pero su silencio no era intencionado como sus jueces creían, sino que la emoción que sentía no le dejaba hablar.

—Habeis explicado siempre así á cuantos os oían la procedencia de ese dinero? por el contrario, decías que era un adelanto por la herencia que debíais recibir.

—¡Ah señor! murmuró Juan llevando la mano á su frente, bañada en sudor; es que eso que yo decía era la verdad.

Una sonrisa de lástima se dibujó en los labios de los espectadores.

—Y esa suma se elevaba sin duda á muchos miles de florines.

—No señor, no señor, á algunos cientos no mas.

—¡Decid la verdad! exclamó el juez con tono amenazante. Vuestra mujer, mejor inspirada que vos, asegura haber recibido muchos miles de florines.

Un nuevo estremecimiento agitó al pobre Juan, que murmuró:

—Pues no sé... yo ignoro...

Después de un momento de pausa, el juez exclamó:

—Os contradecís á cada instante, y eso os condena. Voy á deciros de lo que estais acusa-



do, y comprendereis que no ganais nada en ocultar la verdad. Hace diez dias se ha cometido un robo, del que se os cree autor, y vuestras mismas palabras parecen acusaros: si no quereis ir desde aquí á una prision, probadnos de dónde habeis recibido el dinero que teneis.

Juan, sin poder articular palabra, fijó en el juez su vista estraviada.

—¿Nada decís?... os reconocéis culpable del crimen que se os imputa?

—¡No! ¡no! exclamó Juan con espanto: yo soy inocente.

—Explicad entonces por qué la misma noche del robo despertásteis á toda la vecindad á los gritos de ¡fuego! ¿No era para hacer ver que pasábais la noche en casa, y que nadie sospechase que habíais estado en otra parte?

—Estaba soñando, murmuró Juan anonadado ya bajo el peso de tantas impresiones.

—Ya sabemos bastante, dijo el juez; el reconocimiento de la casa nos dirá lo demás.

Por orden suya, los dueños de la casa, llevados por los gendarmes, siguieron al comisario de policía y al juez, que registraron hasta el último rincón de la casa.

Teresa sonreia por lo inútil de las pesquisas, sin dejar de dirigir de vez en cuando á su marido miradas con las que parecia querer animarle ó confundirle.

Resgistraron todas las piezas hasta el desvan. Todo fué inútil. Cuantas preguntas hizo el juez para averiguar dónde habia ido á parar



el dinero, no obtuvieron contestacion satisfactoria. Convencido de la inutilidad de sus pesquisas, el juez bajó á las primeras piezas, donde mandó atar á ambos consortes codo con codo.

Juan, al apercibir aquellas cuerdas infamantes, lanzó un gemido y cayó casi desvanecido en una silla: su mujer, por el contrario, seguia contemplando aquellos preparativos con sonrisa de desden, como si solo se tratase de una amenaza.

—Por último vez, por interés vuestro, decid de dónde os ha venido ese dinero!

En este instante, un grito de desesperacion se oyó en la pieza vecina, y antes que el juez hubiera podido preguntar la casa, un jóven pálido y descompuesto se precipitó en la estancia, y cayendo á los pies del mismo Juan, exclamó con estravio:

—¡Padre!... ¡padre!... por piedad, ¡de dónde nos vino este dinero! ¿vos ladron?... ¿vos entre gendarmes?... ¡oh!... este es un sueño... un sueño horrible!

El rostro pálido del jóven, sus cabellos erizados, sus frases de súplica, las lágrimas de desesperacion que surcaban su rostro, todo esto hizo profunda impresion en el auditorio y en Juan, que murmuró:

—Lo he merecido; castigo de Dios! Y variando repentinamente de espresion, exclamó con acento febril:



— Pero no, no lo creas, hijo mio; tu padre es un hombre honrado, tu padre lo dirá todo.

Y volviéndose al juez añadió:

— Voy á mostraros el tesoro, y esto os explicará cómo ha caído en nuestras manos.

Teresa, despidiendo llamas por los ojos, exclamó:

— Cobarde, te atreverás?

— Lleváos á esa mujer.

— Es inútil, señor, añadió Juan; mi partido está tomado: dire lo que he debido decir desde un principio, que el dinero que os asombra no es el fruto de un robo, es el fruto de un hallazgo.

Pablo cayó de rodillas sobre el pavimento, exclamando:

— Gracias, Dios mio, gracias!

— Estais pronto á darnos explicaciones claras?

— Si, señor; pero con la condicion de que os lleveis ese dinero que tanto mal me ha causado.

Teresa, á estas palabras, empezó á retorcerse los brazos y á lanzar gemidos de desesperación.

— Enhorabuena, mostrádnos el dinero.

Juan condujo entonces de nuevo á sus jueces al desván, mostrándoles el pié derecho principal, y exclamando:

— El dinero esta ahí dentro; hace diez noches, persiguiendo á las ratas, toqué por casualidad á ese sitio y se desprendió una plan-



cha cuadrada, y un saco de oro cayó á mis piés. No puedo decir mas sino que el miedo de los ladrones y de la justicia me ha hecho inventar una porcion de mentiras que han amargado mi existencia. Esta es la verdad pura.

A estas palabras, quitó la plancha consabida y una gran cantidad de monedas cayó detrás. El juez examinó el escondite y halló en su fondo lo que el deshollinador y su mujer no habian visto en su precipitacion; un pergamino en el que se advertian algunas frases escritas.

Comprendiendo el juez que alli debia estar la aprobacion ó el mentis de cuanto decian se apoderó de él leyéndole con particular atencion: despues volviéndose á Teresa anegada en lágrimas exclamó:

—Buena mujer. ¿cuál era el nombre de vuestro padre?

—Pedro Vandenberg.

Sin responder el juez tomó un puñado de monedas y retirándose con sus colegas á un rincon exclamó:

—Ese hombre ha dicho la verdad: en este pergamino, están anotadas por el padre de su mujer las sumas que sucesivamente iba depositando en el escondite con el único objeto de crear un patrimonio á su hija única. Todos sabemos que aquel hombre murió repentinamente sin poder dar cuenta, por lo tanto, de sus intereses; además las monedas robadas en casa del cambiante no pueden ser monedas de



Francia y Brabante como las que se encuentran aquí.

Todos convinieron y el juez acercándose de nuevo á Juan exclamó:

—Os habeis tomado una porcion de zozobras para ocultar un dinero que os pertenecia legalmente.

—Lleváosle, lleváosle! repetía Juan sin atender á razones.

—No seais ignorante, exclamó el juez sonriendo. Ese dinero os pertenece, nada tenemos que hacer aquí. Segun el artículo 716 de código civil la propiedad de un tesoro hallado pertenece al que lo encuentra y solo si estuviera en propiedad de otro se dividiria entre ambos por partes iguales. Esta casa es vuestra, por consecuencia os pertenece todo entero.

—Con que es decir, que esta tea de la discordia continuará en mi casa, añadió Juan muy afligido.

—En cuanto á vos, continuó el juez dirigiéndose á Teresa, guardad ese dinero que es la herencia de vuestro padre, y ese pergamino que debeis considerar como su testamento.

Mientras el juez y los que le acompañaban bajaban la escalera, Teresa reunió en su delantad todo el dinero; llegó al baul, tomó un puñado de monedas, y guardó las demás diciendo á su marido:

—¡Ahora lo verás!

Y saliendo á la calle atravesó con aire triunfante por entre los grupos que aun la ocupa-



ban. Pablo salió á su vez, pero fué para correr en casa de Trinidad, y allí, tomando una mano de la jóven, y otra del zapatero, exclamó:

—No os lo habia yo dicho? todo era una apariencia, venid, venid á felicitar á mi padre!

Fueron en efecto, y como ya se habia difundido la nueva de la inocencia de Juan, todos los colmaron de felicitaciones.

Apenas Juan Smet apercibió al zapatero y á su hijo, los recibió en sus brazos exclamando:

—¡Este es el dia mas dichoso de mi vida! ¡Cuánto he sufrido, gracias á ese maldito dinero!

—Pero todo ha concluido, ¿no es verdad?

—Si, todo. Si el dinero lo hemos encontrado en nuestra propia casa.

—¡Dios sea loado, Juan! he temblado por vos como si fuerais mi hermano.

—¡Bien! ¡bien! ahora tratemos solo de casar á nuestros hijos.

—¿Y vuestra mujer? olvidais que continúa siendo rica.

—¡Cómo rica! ¡Aquí ya no se hace mas que mi voluntad! Ahora que el miedo no me intimida, volveré á ser *Juan sin penas* y dueño de mi casa.

—Yo solo anhelo ver á mi hija dichosa. ¡Pobre Trinidad! creo que hubiera muerto de pesar si...

—Vaya, vaya, no hablemos de esos malhadados sucesos: al punto las amonestaciones; dentro de siete semanas la boda; convido á ella á todos los vecinos de la calle; llevaremos mú-



sica; iremos al campo: cantaremos, bailaremos. ¡Ah! ¡cómo nos vamos á divertir!

Y su voz se estinguió trémula en su garganta.

—¿Qué teneis? ¿qué teneis? exclamaron todos.

—Nada, nada, murmuró Juan conmovido. La alegría embarga mi voz; con que está dicho: la boda al punto.

—¿Tan pronto?

—Nunca es pronto cuando se trata de una cosa buena; pero tengo que pedir os un favor, porque aun ese maldito dinero podría darnos que sentir. Mi mujer tiene la lengua un poco larga, cree que sois causa de que la justicia haya venido aquí; ¿poneis mal gesto? Sed razonables y no hagais caso aunque os lo diga; ved que de ello depende la felicidad de nuestros hijos.

—Es verdad.

—Así, pues, no hareis caso de sus miradas injuriosas.

—Como si fuera ciego.

—Ni de sus palabras imprudentes.

Como si fuera sordo.

—Eso es hablar sábiamente.

Y volviéndose á Trinidad, por cuyo semblante se deslizaban lágrimas de alegría, exclamó:

—Abrazame, Trinidad; dentro de siete semanas seré tu padre.

La jóven se precipitó en sus brazos; Pablo en los del zapatero, formando los cuatro así



un grupo cariñoso. Al mismo tiempo una voz desapacible exclamó en la estancia:

—¿Qué es esto? ¿qué sucede en mi casa?

Como si esta voz hubiese afectado dolorosamente á las cuatro personas que habia en la estancia, todos volvieron vivamente la cabeza.

En el dintel de la puerta los contemplaba Teresa con aire desdeñoso y añadió:

—¡Está bueno esto! ¿No podré yo dar media vuelta sin que mi casa esté llena de zapateros remendones?

El zapatero palideció de cólera.

—Sí, sí, enfádate si quieres, soy la dueña de mi casa.

—Pero, señora Teresa.

—Señora Teresa, señora Teresa, ¿quién os ha dado derecho para tales confianzas? cuando me dirijais la palabra llamadme madama Smet.

Pablo tenía la vista clavada en su padre, porque le veia trémulo de cólera.

Teresa, mostrando imperativamente la puerta con el dedo, añadió:

—¡Pronto, salid de mi casa vos y vuestra hija! no hay nada de comun entre nosotros por fortuna: cuando habitemos nuestra nueva casa mis criados no dejarán pasar á semejante gentuza.

El zapatero cogió á su hija de la mano y salió con ella refunfuñando á la calle.

En aquel instante estalló la tempestad que se habia ido formando en el alma de Juan: pro-



rumpió en palabras incoherentes, entrecortadas por la cólera, y se hubiera lanzado sobre su mujer si Pablo no se hubiera interpuesto.

—¡Déjame, déjame, necesito darla una lección!

Pablo suplicó, lloró, luchó con tanta obstinación, que al fin consiguió calmar á su padre.

Después de algunas amenazas Juan pareció vencido y dijo:

—Ven, Pablo, sígueme arriba!

Y según costumbre subió de cuatro en cuatro los escalones, para evitar todo altercado con su mujer.

Durante aquel día, no hubo en la casa más que querellas y disgustos: Teresa no quería oír hablar de Trinidad, y cada vez que de ella se hablaba vomitaba un torrente de injurias sobre el padre y la hija. La idea de ser gran señora le llenaba más que nunca de viento la cabeza, y hasta Leocadia, la hija del comerciante de la esquina, le parecía de origen demasiado vulgar para entrar en su familia.

En vista de esta obstinación, Pablo se retiró á su cuarto más temprano para dar rienda suelta á su dolor, y Juan retirándose igualmente al suyo murmuraba con amargura:

—Maldito dinero! Ojalá se hubiera vuelto al fondo del infierno de donde ha salido.

## VIII.

Al día siguiente á primera hora, cuando el



zapatero y su hija se dirigian á la iglesia, Trinidad exclamó con inquietud:

—Padre, mirad, la puerta del padre Smet está abierta y las ventanas permanecen cerradas aun.

—Es verdad, y esta puerta parece violentada, exclamó acercandose á reconocerla. Ven, Trinidad, sigueme; y penetró golpeando el suelo y las paredes, como para despertar á los que dentro hubiera.

—No tan fuerte, padre; la señora Teresa se va á incomodar.

Reiteró sus golpes, y á poco la señora Teresa se presentó diciendo:

—Quién os ha abierto? á qué venis? no os he dicho que no volviérais á poner los piés en mi casa?

—¡Otra vez! murmuró Juan apareciendo. Pablo habrá salido seguramente á misa y habrá dejado la puerta abierta; no pueden haber caído por el techo aquí

—No, amigos míos, no es eso: es que vuestra puerta ha sido forzada.

—¡Mi puerta! exclamó Teresa, cuyo rostro se cubrió de una mortal palidez. ¡Oh, Dios mío, Dios mío!

Y se lanzó hácia el baul, que encontró descerrajado y abierto; un gemido sordo se escapó de su pecho.

—¡Mi dinero, mi dinero! exclamó entre sollozos; ¡me han robado, me han robado!

Juan pareció sorprendido de esta rebelacion,



aunque su espresion era tan estraña, que nõ se sabía si trataba de llorar ó de reir. En breve tomó su partido; una sonrisa entreabrió sus labios, que comprimíó no obstante, para no aumentar el dolor de su mujer.

Trinidad tenia en su mano la del padre Smet y lloraba con sincera compasion.

—¡Juan! murmuró el zapatero con doloroso acento; es una gran desgracia lo que sucede, pero no os desesperéis, que Dios da los bienes y Dios lo quita.

—¡Desesperarme! No por cierto, exclamó Juan á media voz para no ser oido de su mujer; todo lo contrario, si no fuera por temor de disgustarla á ella exclamaria: ¡Dios sea loado, al fin desaparece la peste de mi casa!

—¡Ah! murmuraba Teresa sollozando; mi dinero, la herencia de mi padre; yo no sobreviviré á este golpe.

Juan, al ver que su mujer casi se desvanecía, corrió por la botella del vinagre y la acercó á la nariz de su mujer, la cual le rechazó con cólera exclamando:

—¡Déjame, no necesito tus cuidados; ya estarás contento, ya somos pobres!

—¡Vamos, Teresa, verdad es que el dinero se fué, pero tambien se han ido con él las inquietudes y los pesares constantes: desde mañana volveré á trabajar con la misma actividad de otro tiempo y viviremos en paz, y volverá á reinar en nuestra casa la alegria.



—¡Ah madre, madre! exclamaba cariñosamente Trinidad, no os aflijais mas.

—Tú sola hija mia, dijo Teresa sollozando, tú sola tienes piedad de mí!

En este momento Pablo bajaba las escaleras de cuatro en cuatro.

—¿Qué quiere decir esto? exclamó al ver tanta gente reunida; mi madre abrazada à Trinidad; habrá cesado ya su oposicion?

—Silencio, Pablo, replicó vivamente su padre, ha sucedido una gran desgracia: los ladrones se han llevado todo nuestro dinero.

—¡Bendito sea Dios! exclamó Pablo sin poderse contener.

—¿Tú tambien, mal hijo?

El jóven tomó cariñosamente la mano de su madre como si quisiera pedirle perdon de aquellas frases y añadió con ternura:

—¿Habeis llorado, madre? Lo comprendo, vos sentís lo que nos pasa.

Y conduciéndola á un extremo de la estancia, se colocó á su lado, tomó entre las suyas las manos de su madre y continuó con ternura:

—Consolaos, madre querida; la pérdida del dinero no puede seros grata, pero recordad los muchos disgustos que nos ha dado: desde que le poseiamos, no hemos tenido mas que disgustos. Vos, que con mi padre habeis sido tan feliz durante veinte y cinco años, dejásteis de serlo mientras tuvisteis esa fortuna; vos reñiais por



un lado, mi padre se abatía por otra, Trinidad lloraba y yo me volvía loco.

—Si, pero de todo eso yo no tenía la culpa; vosotros que no habeis nacido para ser ricos.

—Será como queráis, pero sois mi madre, no teneis mas hijo que yo y debeis conformaros, en vista de que ese dinero nos hacia desgraciados.

—Cierto, Teresa, sé razonable: en cuantos años hace que vivimos juntos, hemos sido felices sin necesidad de ser ricos. Dios sabe lo que se ha hecho al privarnos de ese pícaro dinero.

—Calla, calla, exclamó Teresa colérica; ¡Dios ha oído tus súplicas!

—¡Pero madre! nunca hemos necesitado del dinero para ser felices y para que todos nuestros amigos nos amen: desde hoy aquella vida feliz volverá para todos, mi padre y yo economizaremos un trago si es preciso para que vos podais compraros una saya mas, y cuando Trinidad esté á vuestro lado, no conoceréis ni la soledad ni la tristeza.

—Pero, Pablo, hijo mio, ¿qué dirán los vecinos al verme pasar?

—¿Qué han de decir? yo os llevaré del brazo, levantaré mi cabeza con altivez, como todo hombre honrado, y los que nos conocen nada dirán sino que somos sumisos y aceptamos el bien y el mal que Dios nos envía.

Teresa, medio consolada, murmuró abrazando á su hijo:

—¡Cúmplase la voluntad de Dios!



Y volviéndose á Trinidad, añadió:

—Ven acá, hijamia, tú sola comprendes mi dolor; los hombres no saben jamás la felicidad que dá la riqueza! Tu te hubieras acostumbrado pronto á una vida mejor, pero tranquilízate que cuando mi tia la de Holanda muera...

Pablo habia dejado la estancia sin que nadie lo advirtiera. De repente Teresa llevó las manos á su frente, exclamando con angustia:

—¡Dios mio, Dios mio! aun me quedaban por pagar sesenta y cinco florines en casa del diamantista: no es lo malo ser pobre, ¡pero tener deudas!

Y despues de un instante de pausa, añadió:

—¡Cómo ha de ser, devolveremos todas esas alhajas!

—No, Teresa mia, exclamó entonces Juan radiante de gozo.

—¿Y quién pagará su importe?

—Yo, yo, que habia separado parte del tesoro para en caso que disiparas el que tú tenias.

Y colocando una silla debajo de la chimenea, alcanzó el pañuelo que al principio de esta historia le vimos colgar en el cañon.

—Este dinero te pertenece, puedes disponer de él como quieras, pero yo te ruego que consagres su mayor parte para casar y establecer á Pablo y Trinidad.

En este instante se oyó en las piezas interiores el pregon característico de

—..... *ador* ..... *ador* .....

Todos volvieron la cabeza, y Pablo con la ro-



pa de trabajar, con la cara tíznada de hollin, apareció en la estancia, cantando y brincando, y exclamó:

—¡Viva, viva! Pablo el alegre ha resucitado: ¡viva la alegría!

Juan á la vista del traje que habia usado toda su vida, murmuró conmovido:

—¡Bien, Pablo, bien! ¡bien se conoce que eres hijo mio! bien dices: ¡fuera pesares, viva la alegría!

Teresa haciendo una seña para que todos callasen, exclamó dirigiéndose al zapatero:

—Ayer tenia mal humor y os traté con mucha dureza; ¿seremos buenos amigos como antes?

—Todo está olvidado, exclamó el zapatero estrechando su mano con cordialidad. Nuestros hijos nacieron para quererse y nosotros para ser buenos amigos.

Teresa, volviéndose entonces hácia su hijo, exclamó:

—Pablo, ese dinero es tuyo; cástate cuanto antes con Trinidad; pero si verdaderamente me quieres, no os separeis de mí.

—¡Nunca, madre mia! exclamó Pablo.

—¡Siempre á vuestro lado! añadió Trinidad.

—¡Es posible, Dios mio! ¡Yo no creí que se pudiera ser tan dichosa siendo tan pobre!

—¿Sois dichosa, madre? Pues riamos, cantemos.

Y el jóven, despues de abrazar á todos en tiernísimo grupo, entonó su cancion favorita:



Deja la chimenea,  
Déjala ya,  
Que la noche su sombra  
Tendiendo va.  
Deja el trabajo,  
Deja el pesar,  
Apura el vaso,  
Vuelve á cantar.

FIN.